

UN ARTISTA

libro al
viento

Franz Kafka

DEL



Traducción de Julio García Peñaloza

HAMBRE

Y OTROS CUENTOS



Libro al Viento

COLECCIÓN UNIVERSAL

Este ejemplar de Libro al Viento es un bien público.
Después de leerlo, permita que circule entre los demás lectores.

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ

Claudia Nayibe López Hernández

Alcaldesa Mayor de Bogotá

SECRETARÍA DE CULTURA, RECREACIÓN Y DEPORTE

Catalina Valencia Tobón

Secretaria de Cultura, Recreación y Deporte

INSTITUTO DISTRITAL DE LAS ARTES – IDARTES

Mauricio Galeano Vargas

Director General

Maira Salamanca Rocha

Subdirectora de las Artes

Hanna Paola Cuenca Hernández

Subdirectora de Equipamientos Culturales

Leyla Castillo Ballén

Subdirectora de Formación Artística

Liliana Morales Ortiz

Subdirectora Administrativa y Financiera

Carlos Alberto Ramírez Pérez

Gerente de Literatura

Ricardo Ruiz Roa, Andrea Mojica Molina,

María Camila Jaramillo Laverde, María

Eugenia Montes Zuluaga, Wilmar Molina

Vargas, Yalila Pérez Montoya, Ivonne

Alejandra Malaver Castiblanco,

Lorena María Iglesias Melendez y Vivian

Julieth Melo López.

Equipo de la Gerencia de Literatura

PRIMERA EDICIÓN

Bogotá, agosto de 2023

Los derechos de los textos, las traducciones y las imágenes de este libro pertenecen a sus autores. Sin embargo, queda prohibida cualquier reproducción (parcial o total) de esta obra en su conjunto sin consentimiento de Idartes.

© Instituto Distrital de las Artes – Idartes


© Julio García Peñaloza, traducción

Fredy Ordóñez, presentación


Camila Cardeñoso, diseño de la colección Bastarda Type y Camila Cardeñoso, diseño de la tipografía Obispo

Paula Andrea Gutiérrez Roldán, diseño y diagramación

Fredy Ordóñez, edición

 Wikimedia Creative Commons, Franz

Kafka, 1924, por la imagen de la cubierta.

 JKlaus Wagenbach Archiv, Berlin, por la imagen de la página 107.

© Julio García Peñaloza, por la imagen de la página 108.

ISBN:978-628-7531-92-5

978-628-7531-93-2, impresión

Impreso en Colombia

Septiembre de 2023

GERENCIA DE LITERATURA



IDARTES

Carrera 8 N° 15-46. Bogotá D. C.

Teléfono: (601) 379 57 50

www.idartes.gov.co

contactenos@idartes.gov.co

 @LibroAlViento  @LibroAlViento

UN ARTISTA

DEL

HAMBRE

y otros cuentos

7

ESCRIBIR, ORAR

Presentación

15

UN ARTISTA DEL HAMBRE

34

POSEIDÓN

37

RESOLUCIONES

39

CAMINANTES AL PASAR

41

MIS ONCE HIJOS

50

INFORME PARA UNA ACADEMIA

67

UNA CONFUSIÓN COMÚN

69

LAS TRIBULACIONES DEL JEFE DEL HOGAR

72

LA COMUNIDAD DE LOS CANALLAS

74

JOSEFINA LA CANTANTE O EL PUEBLO DE LOS RATONES

706

NOTA SOBRE ESTA EDICIÓN

707

EL AUTOR

708

EL TRADUCTOR

Libro al Viento es un programa de fomento a la lectura del
Instituto Distrital de las Artes - Idartes, entidad adscrita
a la Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte

ESCRIBIR, ORAR

Presentación

ES DIFÍCIL QUE LOS DESCARGOS DEL NARRADOR DE “El artista del hambre” —el primer cuento de esta colección— resulten más desoladores: un artista comienza haciendo un recuento del pasado glorioso de su arte, que no consiste en otra actividad distinta de ayunar, y luego expone cómo tristemente ha languidecido la popularidad de este espectáculo, que él practica —nos confiesa sin rubor de humildad— con un talento inusual. Sí, es capaz de aguantar hambre más que nadie. Puesto en una jaula, una de sus máximas preocupaciones es la de que el espectador sepa que no ha consumido ningún alimento, que no va a comer nada, y que ni siquiera se le cruza por la cabeza, entregado a este paroxismo de la anulación y digno como cualquier artista eximio en su arte.

No come nada, apenas toma “un poquito de agua en un vaso diminuto para humedecer los labios”, durante días, semanas, meses. Sin embargo, Franz Kafka narra esta inmersión en la nada de un modo tan frontal —y sin condescendencia ninguna—, que impide que el lector se distraiga, más bien lo sitúa al frente de esa jaula antilírica en la que está confinado nuestro artista. Es posible que entonces presenciemos su crudo *performance* sin ápice de lástima y acabemos mirando a los ojos de este artista —al que paulatinamente se le marcan las costillas— con el mismo estremecimiento con el que comprendemos alguna verdad de nuestra vida o entendemos algo crucial de la existencia. Este estremecimiento, según el lector, puede ser de repulsión, de terror metafísico o de incontenible alegría. Cada cual, al parecer, lee un prodigio distinto.

Muchos leen a Kafka como al autor que, mediante este tipo de alegorías, logró avizorar los horrores del siglo xx —el holocausto judío, nuestra babélica burocracia—; otros encuentran en él a un involuntario vanguardista que supo fusionar la realidad con el sueño y otros lo entienden como un precursor del existencialismo; hay quien ve en él al judío por antonomasia, un vocero del pueblo más perseguido de la historia; otros de sus lectores, en cambio, se divierten con esas historias atemporales y ahistóricas (David Foster Wallace apuntó: “Algo que a mí me frustra rotundamente cuando estoy intentando leer

a Kafka ante estudiantes universitarios es que me resulta casi imposible hacerles ver que Kafka es gracioso. O apreciar la forma en que el humor está entremezclado con la poderosa fuerza de sus relatos”); y no falta el gran escritor que tiene la necesidad de encumbrarlo despreciando a otros: “Es el escritor alemán más grande de nuestro tiempo. A su lado, poetas como Rilke o novelistas como Thomas Mann son enanos o santos de escayola” (Vladimir Nabokov).

Y es esta caótica (en apariencia) superposición de lecturas la que convierte a Kafka en un clásico y en un autor que — pese a su renuencia a publicar— ha transformado nuestra manera de leer, al influenciar a muchos de los autores del siglo xx que aún seguimos leyendo, pero sobre todo al leerlo a él mismo (García Márquez cuenta, en el quinto capítulo de *Vivir para contarla*, la epifanía que tuvo cuando leyó por primera vez a Kafka, y cómo este hallazgo le descubrió una nueva manera de escribir).

A menudo sus cuentos revisten de llaneza un hecho sobrenatural o una figura extraordinaria (Jorge Luis Borges dijo: “La más indiscutible virtud de Kafka es la invención de situaciones intolerables”); no es el autor agazapado que espera, escondido en un seto, tomar por sorpresa al lector; más bien señala algo absurdo —o parte de un narrador inusual por ejemplo— y lo desarrolla con naturalidad: una cantante que es capaz de

encantar con su voz a todo un pueblo de ratones (“Josefina la cantante...”); el dios del mar, sepultado en tareas administrativas que no le dan tiempo para conocer el mar (“Poseidón”); la descripción de un ser del que apenas sabemos algo: parece un carrete para enrollar hilo, su risa es “como el crujir de hojas secas”, es diminuto y movedizo y de algún modo doloroso parece —ni siquiera esto es claro— que va a sobrevivir a los hijos de nuestros hijos (“Las tribulaciones del jefe del hogar”); un mono que ha aprendido a hablar y se ha adaptado (no sin reticencia) al mundo de los hombres (“Informe para una academia”)... En total, en este número de Libro al Viento hay diez cuentos, una mínima muestra de toda su obra, conformada por más de ochenta narraciones, tres novelas, aforismos, centenares de cartas, un diario e incluso dibujos, obra que en su mayoría salvó del olvido su amigo Max Brod, que como editor y albacea desoyó la recomendación de Kafka de quemar todos sus papeles.

Si hacemos caso de lo que consignaba obsesivamente en su diario (sin mencionar lo que confesaba en las cartas a sus enamoradas o a su padre) o en sus aforismos, el acto de escribir constituía el eje, la tragedia y la salvación de su vida. En 1911 anotó: “Tengo ahora, y tuve ya por la tarde, un gran deseo de sacar completamente de mí, mediante la escritura, todo ese estado de ansiedad en que me encuentro, y así

como ese estado viene de las profundidades, hundirlo en las profundidades del papel o escribirlo de tal forma que pueda incorporar completamente a mí mismo lo escrito”; y en 1912: “Puede reconocerse muy bien en mí una concentración orientada a la escritura. Cuando se hizo claro a mi organismo que el escribir era la dirección más productiva de mi naturaleza, todo tendió con apremio hacia allá y dejó vacías todas aquellas capacidades que se dirigían preferentemente hacia los gozos del sexo, la comida, la bebida, la reflexión filosófica, la música. Adelgacé en todas esas direcciones. Era necesario que así fuese, pues mis fuerzas en su conjunto eran tan exiguas que sólo reunidas podían servir, mal que bien, a la finalidad de escribir”; y uno de sus aforismos dice: “Escribir como una forma de orar”. Y así se pueden espigar infinidad de notas sobre el acto de escribir; no obstante, para él nunca fueron suficientes sus esfuerzos ni sus resultados (“... tal vez su figura esquelética se debía únicamente a la insatisfacción consigo mismo”, aventura el narrador al referirse al artista del hambre).

Podríamos añadir que Franz Kafka nació en Praga, en 1883, escribió en alemán, estudió Leyes y a partir de 1908 tuvo un trabajo gris en el Instituto de Seguros de Accidentes de Trabajo del Reino de Bohemia. Tuvo relaciones tan intensas como epistolares con sus enamoradas, y se alcanzó a

comprometer con dos de ellas, pero nunca se casó. Aunque no hay un consenso con respecto al color de sus ojos, estos impresionaban a todos, y era dueño de un magnetismo por el que le solían pedir consejo conocidos y desconocidos. Le gustaba beber cerveza. En 1917 le diagnosticaron tuberculosis pulmonar, a raíz de lo cual iba y venía para hacerse curas de reposo en distintos sanatorios. En 1924, cuando la tuberculosis se extiende a la laringe, muere en un sanatorio a quince kilómetros de Viena. Sin embargo, ninguno de estos hechos, ni ningún otro de su vida, arroja luz sobre la magnífica conmoción con que nosotros lo leemos hoy en día.

Fredy Ordóñez

Editor de Libro al Viento

UN ARTISTA

Franz Kafka

DEL

Traducción de Julio García Peñaloza

HAMBRE

Y OTROS CUENTOS

UN ARTISTA DEL HAMBRE

EN LAS ÚLTIMAS DÉCADAS, EL INTERÉS POR EL ayuno profesional ha disminuido notablemente. Antes era un negocio rentable montar grandes espectáculos de este tipo por cuenta propia, pero en la actualidad aquello es absolutamente irrealizable. Eran otros tiempos; en aquellos días, el artista del hambre acaparaba la atención de toda una ciudad. De día en día, mientras duraba el ayuno, la asistencia aumentaba. Todos querían ver al artista al menos una vez por día. Había gente con entradas de abono para los últimos días que se sentaba toda la jornada delante de la pequeña jaula de barrotes. Incluso por la noche había horas de visita, a la luz de las antorchas para cargar aún más el ambiente. En los días de buen tiempo, la jaula se sacaba al aire libre pensando especialmente en los niños, que eran los principales asistentes de la exhibición del artista. Para los adultos, normalmente,

no era más que una bufonada a la que se sumaban porque estaba de moda; los niños, en cambio, se quedaban mirando con la boca abierta por el asombro, tomados de la mano por seguridad, mientras el artista permanecía tumbado, ni siquiera en un sillón sino en un lecho de paja; todo pálido en una trusa negra y con las costillas agudamente marcadas. Cada cierto tiempo respondía los interrogantes que le hacían, agregando una sonrisa pesada y un gesto formal con la cabeza, y ofrecía algún brazo estirado a través de los barrotes para que se pudiera constatar lo delgado que estaba. Tan pronto como cumplía con esto, se volvía a replegar por completo en sí mismo, de modo que no prestaba atención a nada, ni siquiera a lo que era tan importante para él como la marcha de su reloj, el único mueble que lo acompañaba en su jaula. Se quedaba todo el rato viendo el vacío con los ojos casi cerrados y, de vez en cuando, sorbía un poquito de agua en un vaso diminuto para humedecer los labios.

Entre los invitados a la jaula, aparte de los diversos grupos de espectadores que iban y venían, estaban los relevos de guardias fijos, que eran propuestos por el público —curiosamente solían ser carniceros— y cuya tarea, siempre en grupos de tres, consistía en vigilar día y noche al artista del hambre para asegurarse de que no consiguiera alimentos gracias a algún procedimiento secreto. Esto no era más que una formalidad,

instituida para tranquilizar a las masas, pues los concedores de esta materia sabían muy bien que durante su ayuno el artista nunca, bajo ninguna circunstancia, habría comido el más mínimo bocado, ni aun bajo amenaza de violencia. El honor de su arte se lo prohibía. No todos los guardias eran capaces de entender esto, naturalmente. En ocasiones había grupos de guardias nocturnos que eran muy laxos en su vigilancia, y se apiñaban a propósito en algún rincón alejado para jugar a las cartas sin distracciones, con la clara intención de darle al artista la oportunidad para una pequeña merienda que suponían podía sacar de alguna recóndita despensa. Nada mortificaba más al artista que estos guardias, le hacían sentir miserable, hacían que su ayuno pareciera insoportable. A veces se sobreponía a su debilidad lo suficiente como para cantar durante ese turno, tanto tiempo como pudiera aguantar, para mostrarles lo injustas que eran sus sospechas. Pero eso servía poco porque ahora solo se mostraban impresionados por su destreza para comer y cantar al mismo tiempo.

Los guardias que se sentaban cerca de los barrotes eran con los que se sentía más a gusto. Estos, no satisfechos con la tenue luz de fondo de la sala, lo alumbraban con el rayo pleno de las linternas de bolsillo que les había prestado el empresario del espectáculo. La luz deslumbrante no le molestaba para nada, casi nunca conciliaba un sueño profundo,

en cambio siempre podía dormitar un poco, bajo cualquier iluminación y a cualquier hora, incluso en una sala atestada de ruidosos espectadores. Con tales guardias tenía una permanente buena disposición para pasar toda la noche sin pegar el ojo; estaba dispuesto a intercambiar bromas con ellos, a contarles anécdotas de su vida de trotamundos y, a su turno, a escuchar sus ocurrencias, lo importante era mantenerlos despiertos para poder demostrarles en cada ocasión que no tenía nada de comer en su jaula y que ayunaba como ninguno de ellos podría hacerlo. Sin embargo, el instante más feliz para él era cuando llegaba la mañana y les hacía servir un abundante desayuno por cuenta suya, al que se lanzaban con el apetito de una persona de impecable salud tras una agotadora noche de vigilia. Por supuesto, no faltaban los personajes que querían ver en este desayuno un desvergonzado intento de sobornar a los guardias, pero esto era el colmo de la mala fe y si se les invitaba a encargarse ellos mismos de la guardia nocturna, sin desayuno, solo en interés de la justicia, encontraban un pretexto para negarse, pero se mantenían obstinadamente en sus sospechas.

De todos modos, aquellas sospechas eran inherentes a la profesión del ayuno. Porque de hecho nadie estaba en condiciones de vigilar al artista día y noche sin interrupción, así que nadie podía saber, basándose en su propia observación, si

el ayuno había sido realmente continuo, sin permitirse la más mínima indulgencia. El único que podía saberlo con absoluta certeza era el propio artista del hambre, por lo que estaba destinado a ser el único espectador completamente satisfecho con su ejercicio de ayuno. Aun así, nunca quedaba satisfecho, pero la causa de ello estaba en otro lado. Tal vez ni siquiera era el ayuno la razón por la que estaba casi en los huesos, tan demacrado que más de uno debía abstenerse de presenciar sus exhibiciones de cerca, con pesar del artista, pues verlo así era demasiado para ellos; tal vez su figura esquelética se debía únicamente a la insatisfacción consigo mismo. Porque solo él sabía lo que ningún otro entendido podía comprender: lo fácil que era ayunar. Era la cosa más fácil del mundo. No era una opinión que él se reservara, pero no le creían. En el mejor de los casos, pensaban que estaba siendo modesto; la mayoría de las veces, sin embargo, lo consideraban como un jactancioso o incluso como un farsante, que encontraba fácil ayunar porque había descubierto una manera de hacerlo fácil y luego tenía la desfachatez de confesarlo vagamente. Tenía que tolerar todo eso y se había acostumbrado con los años, pero aquella insatisfacción no dejaba de carcomerlo por dentro. Pese a todo, había un mérito del que no habría por qué dudar: nunca, después de ningún período de ayuno, había abandonado la jaula por su propia voluntad.

El empresario había fijado la duración máxima del ayuno en cuarenta días; más allá de ese término no se le permitía al artista continuar ayunando, ni siquiera en las grandes capitales y, de hecho, no le faltaba una buena razón. La experiencia había demostrado que durante unos cuarenta días se podía estimular el interés de un lugar mediante una actividad publicitaria que se iba intensificando con el paso de los días. Pero después de ese periodo, el público se quedaba corto, se constataba una disminución significativa de la popularidad. A este respecto, había ciertamente pequeñas variaciones entre las distintas ciudades y entre los distintos países, pero por regla general los cuarenta días marcaban el límite.

Así pues, el cuadragésimo día se abría la jaula, adornada con guirnaldas floridas para la ocasión. Una multitud fervorosa abarrotaba el anfiteatro. Dos médicos entraban en la jaula para hacer el examen físico de rigor, cuyos resultados eran comunicados a la audiencia a través de un megáfono. Finalmente aparecían dos jovencitas, contentas de recién haber sido elegidas por sorteo para ayudar al artista a bajar los pocos escalones que lo conducirían fuera de la jaula hacia una pequeña mesa servida con un banquete de comida de hospital cuidadosamente elegida. En ese momento el artista siempre se ponía testarudo. Es cierto que extendía sus brazos huesudos entregándolos a las delicadas manos de las

jovencitas, que se inclinaban sobre él dispuestas a ayudarlo, pero no pretendía levantarse. ¿Por qué parar ahora, después de cuarenta días de ayuno? Podría seguir durante más tiempo, un tiempo cuya magnitud no tenía cota. ¿Por qué detenerse ahora, cuando estaba en su mejor forma o, mejor dicho, cuando ni siquiera había alcanzado su mejor momento de ayuno? ¿Por qué privarle de la gloria que merecería por ayunar durante más tiempo, por no solo ser el ayunador profesional más grande de todos los tiempos —presumiblemente ya lo era—, sino por superar su propia marca con una ejecución más allá de lo imaginable? ¿Por qué esta multitud, que decía admirarlo tanto, tenía tan poca paciencia con él? Si él podía continuar ayunando más tiempo, por qué ellos no podían perseverar con él. Por otro lado, estaba cansado y reposaba a gusto sobre la paja y ahora se suponía que debía enderezarse hasta alcanzar su gran estatura para acercarse a una comida cuya simple idea le producía náuseas, a duras penas reprimiendo unas arcadas en consideración a las jóvenes. Él levantaba la mirada hacia los ojos de estas jovencitas, tan gentiles en apariencia, pero en realidad capaces de alguna atrocidad, y sacudía la cabeza, demasiado pesada para su raquítico cuello.

Entonces, una vez más, ocurría lo de siempre. El empresario se acercaba y sin emitir palabra, pues la música hacía

imposible cualquier charla, levantaba los brazos por encima del artista, como invitando al cielo a contemplar a su criatura allí en la paja, aquel desdichado mártir, algo en lo que, en efecto, el artista del hambre se había convertido, solo que en un sentido completamente distinto. El empresario lo tomaba por la apretada cintura sin carnes con exagerado cuidado para que se apreciara que estaba lidiando con algo tan delicado como el cristal y lo entregaba —no sin antes darle una sutil sacudida sin que se notara, de modo que sus piernas y su tronco vacilaban sin control de adelante para atrás— al cuidado de las jóvenes, que entretanto habían perdido los arrestos al igual que los colores.

En ese momento, el artista se plegaba a lo que quisieran hacer con él. La cabeza le reposaba sobre el pecho como si hubiera rodado y aterrizado allí por casualidad; su cuerpo era como un cascarón vacío; por puro instinto sus piernas se sostenían mutuamente apretándose en las rodillas, sin embargo, sus pies solo raspaban el suelo como si este no fuera el real y estuvieran buscándolo más abajo. Todo el peso de su cuerpo, aunque ligero, recaía sobre una de las jóvenes. Esta desesperada jovencita, con la respiración agitada —este puesto de honor no era en absoluto lo que ella esperaba—, intentaba estirar el cuello todo lo posible para al menos evitar el contacto de su cara con el artista; luego, al ver que era imposible

y que su compañera aun contando con más fortuna no acudía en su rescate sino que se contentaba con acunar entre sus manos temblorosas la mano del artista que más bien parecía una bolsa de huesitos, rompió a llorar en medio de las risas encantadas del auditorio y tuvo que ser relevada por un asistente, que estaba dispuesto para ello desde hacía tiempo.

Ahora llegaba el momento de la comida. El empresario se las arreglaba para poner un bocado entre los labios del artista, cuya conciencia oscilaba en el límite del desmayo, y entonces daba un gracioso discurso para apartar la atención del público de la condición física del artista. A continuación, se proponía un brindis para todos los espectadores, cuyas palabras serían dictadas por el artista al oído del empresario, según su propia versión. La orquesta subrayaba cada parte con un estruendoso toque de trompetas. Al final la multitud se dispersaba y nadie tenía ningún motivo para sentirse insatisfecho con el evento, nadie excepto el propio artista del hambre, únicamente él, como siempre.

Así vivió durante muchos años, con pequeños intervalos regulares de recuperación, en un puesto de aparente prestigio, admirado en todos lugares a los que iba; pero a pesar de eso la mayoría del tiempo se le veía desilusionado y cada vez se ponía de peor ánimo al ver que nadie se esforzaba por comprender el asunto. ¿Pero cómo se le podría dar consuelo? ¿A

qué otra cosa podría aspirar? Cuando alguna vez se encontraba con un buen samaritano que, compadeciéndose de él, quería advertirle que probablemente su tristeza se debía a la abstinencia de alimentos, bien podía suceder, sobre todo en etapas avanzadas de ayuno, que el artista reaccionara con un estallido de ira y empezara a sacudir los barrotes, hecho una fiera, aterrorizando a todos los presentes. Sin embargo, el empresario tenía una forma de castigarlo que le gustaba poner en práctica tras estallidos de ese estilo. Él se disculpaba en nombre del artista ante las personas congregadas, concediendo que solo la susceptibilidad provocada por la falta de alimentación, algo difícilmente comprensible por personas con un metabolismo satisfecho, podía hacer excusable este comportamiento. De ahí, siguiendo con el tema, pasaba a mencionar la presunción del artista del hambre —que podría explicarse por razones similares— de que podía seguir ayunando durante mucho más tiempo del que ahora llevaba. Ponderaba las altas aspiraciones, la buena voluntad y la gran abnegación que indudablemente estaban contenidas en aquella presunción, pero de inmediato se afanaba por rebatirla de manera, al mismo tiempo, sencilla e inapelable: sacaba a la luz unas fotografías que estarían a la venta en las que se observaba al artista en el cuadragésimo día de ayuno, postrado en una cama casi consumido por el agotamiento.

Esta distorsión de la verdad, por muy familiar que fuera para el artista, siempre lo exasperaba al punto de hacerle perder la fe y el buen ánimo. ¡Lo que era una consecuencia de la finalización prematura del ayuno se presentaba ahora como la causa de esta! Luchar contra esta incompreensión, contra este mundo de malentendidos, era imposible. Una y otra vez, se quedaba sobre los barrotes, expectante, escuchando con genuina atención al empresario, pero en cuanto aparecían las fotografías se alejaba de los barrotes y, entre suspiros, volvía a hundirse en la paja; el público, ahora más calmado, podía aproximarse y observarlo otro rato.

Cuando, unos años más tarde, los que habían presenciado tales escenas se acordaban de ellas, a menudo ni ellos mismos les encontraban algún sentido. Porque entretanto había ocurrido el cambio en la opinión pública antes mencionado, parecía haber sucedido casi de la noche a la mañana. Puede que hubiera causas profundas para ello, pero ¿quién iba a molestarse en descubrirlas? En cualquier caso, un día el consentido artista del hambre se halló abandonado por la multitud ávida de distracción, que ahora prefería acudir a otros espectáculos. El empresario, una vez más, se lo cargó a toda prisa por media Europa para ver si el antiguo interés aún sobrevivía en algún lugar; todo fue en vano. En todas partes, como si se tratara de un acuerdo secreto, se había instalado

una opinión adversa al espectáculo del ayuno. Desde luego, esto no podía haber ocurrido tan repentinamente, y muchos indicios premonitorios, a los que no se les prestó suficiente atención en los tiempos de frenesí del éxito, o que se suprimieron oportunamente, venían ahora a la memoria, pero ya era demasiado tarde para hacer algo al respecto. Seguramente la popularidad del ayuno volvería en el futuro, pero eso no daba consuelo a los que vivían en el presente. ¿Qué podía hacer entonces el artista del hambre? Él, al que miles habían ovacionado, no podía exhibirse en ningún puesto callejero de las pequeñas ferias rurales; y en cuanto a elegir otra profesión, no solo era demasiado viejo para ello, sino que era tan fanáticamente devoto del ayuno que cualquier otra actividad se anulaba en la comparación. Así que se despidió del empresario, su compañero en una carrera sin igual, y se dejó contratar rápidamente en un gran circo. Para no ponerse sentimental ni siquiera examinó las condiciones del contrato.

Un gran circo, con su enorme tráfico de personas, animales y artefactos, que se liberan y se reemplazan constantemente, puede emplear a cualquier persona en cualquier momento, incluso a un ayunador, siempre que sus exigencias sean modestas, naturalmente. Además, en este caso en particular no solo se sumaba la persona del artista del hambre, sino también su antiguo y famoso nombre. Pero eso no era todo pues,

dada la peculiaridad de su arte —que no se veía afectado con el avance de la edad—, no se debía suponer que se trataba de un artista desgastado, que ya no se encontraba en la cúspide de su capacidad profesional y que buscaba refugiarse en un tranquilo puesto de circo. Por el contrario, el artista del hambre afirmaba que podía ayunar como siempre lo había hecho, lo cual era totalmente creíble; incluso aseguraba que si se le permitía ayunar como quería —lo cual se le prometió sin darle muchas vueltas—, ahora sí que asombraría al mundo con una actuación nunca antes vista, una aseveración que ciertamente provocaba una sonrisa entre los conocedores del oficio, ya que dejaba de lado el nuevo sentir de la época, algo que el artista en su entusiasmo convenientemente olvidaba.

Sin embargo, no había perdido su sentido de realidad y aceptó sin problema que él y su jaula no fueran ubicados en el centro de la arena como atracción principal sino al aire libre, en algún otro lugar de fácil acceso cerca de los establos. Grandes carteles pintados con alegres colores enmarcaban la jaula anunciando lo que se podía apreciar en su interior. Cuando el público se precipitaba a los establos para ver a los animales durante los intervalos de la función era inevitable pasar junto a la jaula del artista y detenerse allí por un momento; quizás se habría podido permanecer más tiempo ante él si los que se apretujaban detrás en el estrecho pasillo, que

no le encontraban sentido a esa demora en el camino hacia los ansiados establos, no hubieran hecho imposible una observación más prolongada y reflexiva. Esta era la principal razón por la que el artista empezaba a temblar al acercarse las horas de visita, a pesar de que aguardaba por ellas con ilusión en tanto constituían su auténtica razón de ser. En los primeros días, apenas podía ocultar la impaciencia por los intervalos de las funciones; esperaba emocionado a la multitud que agolpándose se acercaba, hasta que muy pronto —ni siquiera el instinto de autoengaño más obstinado podía refutar la prueba de la experiencia— se convenció de que la gran mayoría de estas personas eran, sin importar la hora de la pausa, por convicción propia, únicamente ruidosos visitantes del establo. Aquella visión desde la distancia seguía siendo el momento más encantador, porque cuando llegaban a su jaula el artista se encontraba de repente en la mitad de un griterío cargado de maldiciones, generado por dos bandos que reaparecían con regularidad, uno, y este pronto se convirtió en el más desagradable para él, de los que querían tomarse un tiempo para contemplarlo, no con el fin de comprender su misterio sino por el gusto de llevar la contraria y fastidiar al otro bando, el de los que simplemente querían llegar a los establos lo más pronto posible. Una vez que pasaban las grandes multitudes, quedaban los rezagados y, aunque ya no

tenían ningún impedimento para detenerse el tiempo que les antojara, pasaban de largo con grandes zancadas, sin siquiera dedicarle una mirada lateral, en su afán de darles una vistazo a los animales.

Era bastante inusual que la fortuna le sonriera con la visita de un padre de familia y sus hijos. El padre les enseñaba con el dedo al artista del hambre, les ofrecía una explicación detallada de lo que allí acontecía y les contaba sobre épocas pasadas en las que él había asistido a espectáculos similares pero incomparablemente más fastuosos, pero los niños seguían sin entender nada pues aún no habían sido preparados para esta lección, ni en la escuela ni en la vida en general. ¿Qué podía significar el ayuno para ellos? Sin embargo, en el brillo de sus ojos intrigados se podía adivinar la inminencia de nuevos tiempos, más receptivos y benévolos. En sintonía con esos buenos augurios, el artista se repetía a sí mismo que tal vez su situación mejoraría un poco si su jaula no estuviera tan cerca de los establos de los animales. Así sería mucho más fácil para la gente escoger qué preferían, y eso sin mencionar lo que sufría por el hedor de los establos, la inquietud de los animales en la noche, los trozos de carne cruda arrastrados frente a su jaula para los predadores, los rugidos a la hora de devorarlos, todo aquello lo dejaba en un estado de abatimiento constante. Pero no se atrevía a acudir

a la administración; al fin y al cabo, era gracias a los animales que contaba con una multitud de personas que pasaban por su jaula; además, quién sabe en qué escondite lo pondrían si al llamar la atención se acordaban de su existencia y, con ello, caían en cuenta de que en la práctica no era más que un estorbo en el camino hacia los establos.

Un pequeño estorbo que, en cualquier caso, se hacía cada vez más pequeño. Para la gente cada vez era menos excepcional la extraña pretensión de reclamar atención para un ayudador en los tiempos actuales y cuando esto fue irreversible el veredicto para su caso fue claro. Podía ayunar tanto como solo él podía, y así lo hacía, pero ya nada podía salvarlo. La gente pasaba de largo. ¡Que alguien intente aclarar en qué consiste el arte del ayuno! Quien no se conmueve con él no va a poder entenderlo. Los bonitos carteles se ensuciaron y se volvieron ilegibles, fueron arrancados y a nadie se le ocurrió reemplazarlos. El pequeño tablón con el número de días de ayuno alcanzados, que al principio se sustituía cumplidamente cada día, se había detenido en la misma cifra desde hacía un buen tiempo, ya que pasadas las primeras semanas el personal se había hartado incluso de esta sencilla tarea. Así, el artista del hambre se limitó a seguir ayunando como en alguna época había soñado y esto no le suponía ningún esfuerzo, tal como lo había anunciado en su momento. Pero nadie contaba los

días; nadie, ni siquiera el propio artista del hambre sabía cuán grande era su marca a estas alturas y el corazón quedaba abrumado de pena. Cuando de tanto en vez algún desocupado se detenía y se tomaba en broma aquella cifra llena de polvo y proclamaba que era una estafa, aquello era, en tal sentido, la mentira más estúpida jamás inventada por la indolencia y la malicia innata, pues no era el artista del hambre el que hacía trampa, él trabajaba honradamente, sino era el mundo el que lo traicionaba privándolo de su recompensa.

Transcurrieron muchos días más y esto último también llegó a su conclusión. Un día cualquiera la jaula llamó la atención de un capataz y preguntó a los empleados por qué habían dejado aquella jaula perfectamente útil sin usar y con paja podrida dentro. Nadie daba razón hasta que uno de ellos se acordó del artista del hambre con ayuda del tablón que marcaba los días. Con palos revolvieron la paja y encontraron allí encogido al artista.

“¿Sigues ayunando?”, preguntó el capataz. “¿Cuándo piensas dejar de hacerlo?”

“Perdónenme por todo”, susurró el artista. Solo el capataz, que apretaba la oreja contra los barrotes, lo alcanzaba a escuchar.

“Dalo por hecho”, dijo el capataz llevándose el dedo a la frente para indicar al personal el estado del artista. “Por nuestra parte, quedas perdonado.”

“Siempre quise que admiraran mi ayuno”, dijo el artista del hambre.

“Nosotros ya lo admiramos”, dijo el capataz de forma condescendiente.

“Pero no deberían admirarlo”, dijo el artista.

“Pues bien, no lo admiramos”, dijo el capataz. “Pero ¿por qué no deberíamos hacerlo?”

“Porque ayunar me es imprescindible, no puede ser de otra manera”, dijo el artista.

“Está visto que es como dices...”, dijo el capataz. “Pero ¿por qué no puedes dejar de ayunar?”

“Porque...”, dijo el artista del hambre, levantando un poco la cabeza, con los labios fruncidos como para dar un beso, hablando al oído del capataz para que no se perdiera ni una sílaba “...no pude encontrar un plato que me dejara satisfecho. Si lo hubiera encontrado, créame, no habría dado un espectáculo y habría comido a gusto, como usted y todos los demás”.

Estas fueron sus últimas palabras, pero todavía en sus ojos apagados estaba la firme convicción, aunque ahora desprovista de orgullo, de que seguía ayunando.

“¡Bueno, ya pueden despejar esto!”, ordenó el capataz y, así, enterraron al artista del hambre junto con la paja.

En la jaula pusieron una pantera joven. Hasta para el individuo más apático, era un alivio indiscutible el hecho de ver a

esta criatura salvaje brincar de aquí para allá en aquella jaula, tanto tiempo fría e inerte. Nada le hacía falta. El alimento que le gustaba se lo proporcionaban los custodios sin vacilar. No parecía echar de menos la libertad. Su noble cuerpo, en el que la naturaleza no había escatimado para dotarlo de todo lo necesario, parecía también llevar consigo la libertad, esta parecía acechar en algún resquicio de sus fauces, y la alegría de vivir brotaba con una pasión tan fuerte de su garganta que no era fácil para los espectadores soportar la conmoción que les causaba. Pero se sobreponían, se amontonaban alrededor de la jaula y no querían apartarse de ahí en lo absoluto.

POSEIDÓN

POSEIDÓN SE SENTABA EN SU ESCRITORIO Y revisaba las cuentas. La administración de todas las aguas constituye una tarea inagotable. Él habría podido tener tantos asistentes como hubiera querido y de hecho los tenía ya en gran cantidad, pero como se tomaba su labor muy en serio, él mismo repasaba todas las cifras, y en esa tarea sus asistentes le eran de poca ayuda. No podría decirse que disfrutara de su trabajo, lo realizaba simplemente porque se lo habían asignado. De hecho, ya había solicitado varias veces lo que él llamaba un trabajo más alegre, pero cada vez que sugerían uno diferente resultaba que nada le convenía tanto como su empleo actual. En cualquier caso, parecía bastante difícil encontrar algo distinto para él. A fin de cuentas, no se le podía poner a cargo de, por ejemplo, un mar particular;

aparte de que en este caso el trabajo de contabilidad no sería menor sino solo más insignificante, el gran Poseidón no podría ocupar algo distinto a una posición directiva. Y si se le ofrecía un puesto fuera del agua, la sola idea lo enfermaba, su respiración divina se volvía irregular y su pecho indestructible se sacudía en espasmos. Por cierto, nadie se tomaba sus quejas muy en serio; cuando un Todopoderoso se irrita, hay que aparentar que se cede ante él, incluso en los asuntos en que no cabe la más mínima esperanza. Francamente era impensable que Poseidón pudiera ser removido de su puesto; desde el comienzo de los tiempos había sido designado Dios de los Mares y tenía que seguir siendo así.

Lo que más le molestaba —y esta era la principal causa de insatisfacción con su trabajo— era escuchar las ideas que se hacían de él, como por ejemplo la de que todo el tiempo andaba surcando el oleaje con su tridente. En vez de eso, estaba allí en las profundidades del océano, sentado haciendo cuentas sin parar; con un viaje de vez en cuando a la oficina de Júpiter como única pausa en la monotonía, viaje del que, además, solía regresar furioso. De modo que prácticamente no había visto los océanos, solo vistazos durante cada apresurado ascenso al Olimpo, y en realidad jamás había navegado por ellos. Él acostumbraba a decir que eso lo reservaba para el fin de los tiempos, pues tal vez entonces se le concedería

un momento de paz en el que, justo antes del final y habiendo comprobado la última de las cifras, aún podría hacer una fugaz excursión.

RESOLUCIONES

ALZARSE EN CONTRA DE UNA CIRCUNSTANCIA miserable debe ser fácil, aunque sea a punta de pura fuerza de voluntad. Me obligo a levantarme de la silla, rodeo la mesa, muevo la cabeza estirando bien el cuello, acojo los destellos del fuego en mis ojos, para esto separo los párpados tensamente. En contra de mis propios deseos, doy la bienvenida efusivamente a A en caso de que venga a verme; tolero cordialmente a B en mi habitación; me trago a grandes bocados, a pesar del dolor y la pena que me puedan causar, todo lo que se dice en casa de C.

Pero aun actuando de esa forma, con un simple descuido, y un descuido es imposible de evitar, se interrumpirá todo el proceso, lo leve y lo complicado por igual, y tendré que encerrarme de nuevo en mis propios confines. Así, tal vez el mejor consejo sea aceptar todo con calma; convertirse en una

masa inerte y, aunque uno se sienta como empujado por el viento, no dejarse convencer de dar un solo paso en vano; mirar a los demás con ojos de animal; no sentir remordimiento alguno; en resumen, sofocar con las propias manos el residuo espectral de la vida que aún persista, es decir, prolongar en lo posible la paz final de la tumba y no dejar existir nada por fuera de ella.

Un movimiento característico de tal estado consiste en pasarse el dedo meñique por las cejas.

CAMINANTES AL PASAR

CUANDO EN UN PASEO NOCTURNO SE CAMINA por un callejón y un hombre, avistado desde lejos —pues el callejón de enfrente se empina y la luna está llena—, viene corriendo en nuestra dirección, no le salimos al paso para atajarlo, ni aunque se trate de una criatura débil y en harapos, ni aunque haya alguien corriendo y gritando detrás de él, sino que dejaremos que pase de largo.

Pues es de noche, y no es nuestra culpa que el callejón de enfrente se empine bajo la luna llena y, de cualquier forma, puede que esos dos hayan montado esa persecución para distraerse; o puede que ambos estén persiguiendo a un tercero; puede ser que el primero esté siendo perseguido sin ningún motivo; puede que el segundo haya salido a matar y nos convertiríamos en cómplices del crimen; puede que no tengan ninguna relación entre sí y simplemente estén corriendo en

su propio camino a la cama; a lo mejor están andando dormidos; puede que el primero esté armado.

Y, en cualquier caso, ¿no tenemos derecho a estar cansados, acaso no hemos bebido todo ese vino? Nos alegramos cuando perdemos de vista también al segundo.

MIS ONCE HIJOS

TENGO ONCE HIJOS.

El primer hijo no tiene una apariencia atractiva, pero es responsable e inteligente. Sin embargo, aun cuando lo amo igual que a los demás por ser mi vástago, no le concedo una gran importancia. Su razonamiento me parece demasiado simple. No se entera de lo que pasa a su alrededor ni tampoco de lo que está en su horizonte; siempre está dando rondas en el estrecho círculo de sus razonamientos o, mejor, girando como un trompo dentro de este dominio.

El segundo es apuesto, esbelto, bien proporcionado; es un placer verlo adoptar la postura del espadachín. También es inteligente, pero sobre todo tiene experiencia de mundo. Él ha viajado tanto y por eso pareciera como si nuestra tierra natal le reservara más confianzas a él que a los que han permanecido en casa. Sin embargo, estoy seguro de que esta ventaja no se debe solo, ni siquiera esencialmente, a sus viajes,

sino que es algo propio de su inimitable naturaleza, la que es reconocida, por ejemplo, por todos los que han querido imitarlo en los saltos de altura que realiza sobre el agua, durante los que ejecuta variadas volteretas con un feroz dominio de sí mismo. Hasta el final del trampolín el imitador mantiene su valor y su deseo de continuar, pero entonces, en vez de saltar, se sienta de repente y alza los brazos en señal de disculpa. Y a pesar de todo esto (debería sentirme realmente dichoso con un hijo así), mi apego a él no está libre de peros. Su ojo izquierdo es un poco más pequeño que el derecho y lo guiña con frecuencia. Un leve defecto, ciertamente, que dota a su rostro de una expresión aún más atrevida que la que tendría sin este y, teniendo en cuenta el singular hermetismo de su ser, a nadie se le ocurriría fijarse en ese pequeño ojo y su forma de parpadear o reprocharle por eso. Yo, su padre, sí lo hago. Naturalmente, este defecto físico no es lo que me molesta, sino una sutil irregularidad del espíritu que de algún modo está relacionada con aquel; una especie de veneno en su sangre; una incapacidad para aprovechar al máximo las facultades de su naturaleza, las que solo yo puedo notar. Esto, por otra parte, es precisamente lo que lo consagra como un auténtico hijo mío, pues este defecto suyo es al mismo tiempo el de toda nuestra familia y simplemente en este hijo se manifiesta de forma más evidente.

El tercer hijo también es apuesto, pero no de una forma que yo aprecie. Posee el atractivo de un cantante: la boca curvilínea; la mirada fantasiosa; el tipo de cabeza que requiere de una cortina de terciopelo como telón de fondo para hacer su función; un vasto pecho que se infla; las manos que son rápidas para elevarse y demasiado rápidas para desplomarse; las piernas que se arrastran con cautela porque no lo pueden sostener. Y, además: el tono de su voz no es constante; te atrapa por un momento; el que tiene los oídos entrenados los agudiza; pero luego de un instante su aliento se apaga. Aunque, en general, todo invitaría a hacer alarde de este hijo, prefiero que pase inadvertido; él, por su parte, no protesta, pero no precisamente porque esté consciente de sus fallos, sino por inocencia. Además, siente que no pertenece a nuestra época, como si a la vez que hace parte de mi familia, también perteneciera a otra, irreversiblemente perdida para él; a menudo se le ve afligido y nada logra levantarle el ánimo.

Mi cuarto hijo es, tal vez, el más accesible de todos. Un verdadero hijo de su tiempo: se entiende con cualquier persona y, al pararse en el terreno del interés más general, todo el mundo ansía dirigirle un gesto de asentimiento. Quizás esta atención generalizada sea lo que le haya conferido algo de sutileza a su carácter, algo de libertad a sus movimientos, algo de desenfado a sus opiniones. Muchos de sus apuntes son dignos

de ser citados una y otra vez, pero de ninguna manera todos, porque mirándolos en su totalidad se nota que él aún adolece de una extrema superficialidad. Es como aquel que hace un majestuoso despegue desde el suelo, corta el aire como una golondrina, pero acaba su viaje de forma deprimente en un desierto infecundo. Tales reflexiones empañan la imagen que tengo de este muchacho.

El quinto hijo es amable y bueno. Alcanzó mucho más de lo que se le auguraba. Solía ser tan insignificante que francamente uno se sentía solo en su presencia y, sin embargo, ahora ha conseguido cierta notoriedad. Si me preguntan cómo ha ocurrido, difícilmente podría dar una respuesta. Tal vez, la inocencia penetra sin esfuerzo a través de la vorágine de los elementos de este mundo, y él, ciertamente, es inocente. Tal vez demasiado inocente. Amigable con todos. Tal vez demasiado amigable. Lo confieso: no me sienta bien que lo elogien frente a mí. Es decir, es demasiado fácil elogiar a alguien que es obviamente tan digno de elogio, como mi hijo.

Mi sexto hijo parece, al menos a primera vista, el más insondable de todos. Anda alicaído y sin embargo es locuaz. Así que no es fácil abordarlo. Cuando se siente decaído, se hunde en una infranqueable melancolía. Cuando alcanza una cierta superioridad, mantiene su ventaja a base de parloteo. Aun así, le concedo una cierta pasión que se basta a sí misma; con

esfuerzo, a plena luz del día, se va abriendo paso entre sus pensamientos como si siguiera soñando. Sin estar enfermo —por el contrario, él goza de muy buena salud—, a veces trastabilla, especialmente en el crepúsculo, pero no necesita ayuda, nunca se derrumba. Tal vez esta rareza esté relacionada con su propio desarrollo corporal, pues es demasiado alto para su edad. Esto lo hace poco armonioso en su conjunto, a pesar de poseer particularidades notables por su belleza, como sus manos y pies. Por cierto, su frente también es poco armoniosa, exhibe ya unos pliegues tanto en la piel como, de algún modo, en la pared del hueso.

El séptimo hijo es, quizás, al que tengo más cercano a mi entraña. El mundo no se da cuenta de su valía, no comprende su peculiar tipo de humor. Yo no sobreestimo su mérito, sé que no tiene la mayor relevancia. Si el mundo no tuviera otro defecto que el de no apreciarlo, seguiría inmaculado. Pero en el seno familiar no me gustaría perder a este hijo mío. Él aporta tanto agitación como una reverencia por la tradición, y ambas se funden en él, al menos así lo veo, en un todo irrefutable. Pero él es el que menos sabe cómo aprovechar esta combinación. No será gracias a él que se pondrá en marcha la rueda del futuro. Pero esa forma de ser suya es tan estimulante, tan rica en promesas; desearía que él tuviera hijos y estos tuvieran hijos a su turno. Por desgracia, este deseo parece no

estar dispuesto a efectuarse. Con una autocomplacencia que comprendo tanto como deploro, y que contrasta de forma impresionante con el juicio de los que lo rodean, siempre anda solo de aquí para allá, no presta atención a las muchachas y, sin embargo, nunca perderá su buen talante.

Mi octavo hijo es la fuente de mi angustia, y no sé muy bien por qué. Me mira como a un desconocido y, aun así, siento una estrecha conexión paternal con él. El tiempo ha traído buenos efectos, pero al comienzo con solo pensar en él ya se me quebraban los nervios. Él sigue su propio camino y ha cortado todo vínculo conmigo; con su testarudez y su pequeña y atlética constitución corporal —cierto es que cuando era un niño sus piernas eran bastante endebles, pero tal vez eso se haya corregido con el tiempo—, sin duda se abrirá paso con facilidad por donde le plazca. Muchas veces he querido volver a llamarlo para preguntarle cómo van las cosas, por qué se ha alejado tanto de su padre y cuál es en esencia su plan; pero ahora está tan lejos y ha pasado tanto tiempo que es mejor que las cosas sigan como están. He oído decir que es el único de mis hijos que se ha dejado crecer la barba cerrada. Por supuesto, a un hombre tan pequeño como él aquello no debe quedarle bien.

Mi noveno hijo es muy refinado y tiene una mirada encantadora siempre dedicada a las mujeres. Tan encantadora que

en algunas ocasiones es capaz de cautivarme, aunque también estoy convencido de que bastaría, por así decirlo, un trapo húmedo para borrar todo ese prodigioso brillo. Lo realmente curioso de este muchacho es que no hace ningún esfuerzo por ser encantador, se conformaría con pasarse la vida tendido en el sofá dedicando inútilmente su mirada al techo de la habitación o, con mayor gusto aún, dejándola reposar para sí mismo bajo los párpados. Cuando se encuentra en esa posición predilecta, habla espontáneamente y no lo hace mal, es sintético y elocuente, pero siempre dentro de unos límites estrechos; una vez los sobrepasa, cosa que es inevitable dada su estrechez, su charla se vuelve completamente insustancial. Uno le haría señas para frenarlo, si abrigara alguna esperanza de que esa mirada soñolienta pudiera siquiera advertirlas.

A mi décimo hijo lo consideran como una persona solapada. No quiero desvirtuar totalmente esta impresión, ni tampoco confirmarla del todo. Cierto es que quien lo vea exhibir una solemnidad excesiva para su edad, con su levita siempre firmemente abotonada y un viejo sombrero negro cepillado con exagerado esmero, con el rostro inexpresivo, el mentón levemente salido, los párpados como bultos pesados sobre los ojos, dos dedos que con frecuencia se lleva a los labios... cualquiera que así lo vea pensará: "He aquí un impostor sin el mínimo escrúpulo". ¡No obstante hay que escucharlo cuando

habla! Perspicaz, reflexivo, conciso, desbaratando cualquier asunto con maliciosa intensidad, en coincidencia con el mundo entero, una increíble coincidencia, espontánea y gozosa, que por fuerza hace tensar el cuello para levantar la cabeza. A muchos de los que se creen muy inteligentes y que, por esta razón, como suponían, se sentían repelidos por su apariencia, los ha cautivado sin retorno gracias a sus palabras. También hay otras personas a las que les da igual su aspecto, pero que consideran que sus palabras son las de un impostor. Yo, siendo su padre, no quiero emitir un veredicto, pero debo declarar que, en cualquier caso, encuentro a estos últimos más dignos de tomar en serio que a los primeros.

Mi undécimo hijo es delicado, quizá el más frágil de todos mis hijos, pero su fragilidad puede confundir, ya que en determinados momentos puede ser firme y resuelto, aunque incluso en esos casos se presente su fragilidad de alguna manera como algo esencial. Sin embargo, no se trata de una fragilidad de la que haya que avergonzarse, sino solo algo que parece fragilidad únicamente en la superficie de nuestra tierra. Por ejemplo, ¿no es su inclinación al vuelo también una debilidad, ya que consiste en una vacilación, una inestabilidad, un aleteo? Algo de esa naturaleza manifiesta mi hijo. Por supuesto, estos no son los rasgos que agradecerían a un padre; no cabe duda de que apuntan a la destrucción de la familia.

A veces me mira como si quisiera decirme: “Te llevaré conmigo, padre”. Luego pienso yo: “Tú serías el último en quien me confiaría”. Y su mirada parece contestar: “Entonces déjame, al menos, ser el último”.

Estos son mis once hijos.

INFORME PARA UNA ACADEMIA

HONORABLES MIEMBROS DE LA ACADEMIA: ES para mí un honor que ustedes me hayan invitado a presentar un informe sobre mi anterior vida como mono ante esta audiencia tan distinguida. Por desgracia, no puedo responder exactamente a esta solicitud formulada así. Casi cinco años me separan de aquella condición de mono, un periodo breve, tal vez, si se lo mide con el calendario, pero una eternidad al recorrerlo al galope, de la forma en que yo lo he hecho, ocasionalmente acompañado por magníficas personas, entre buenos consejos, aplausos y música orquestal, pero a fin de cuentas siempre solo. Pues todos los que me acompañaban se mantenían lejos —continuando con el lenguaje figurado— del otro lado de la barrera. Esta hazaña habría sido imposible de lograr si hubiera querido, por capricho, mantenerme aferrado a mis orígenes y a mis recuerdos de

juventud. Precisamente la renuncia a todo capricho fue el mandato supremo que yo mismo me impuse. Yo, un mono libre, me sometí a ese yugo.

Al hacerlo, sin embargo, el acceso a mis recuerdos, en contrapartida, se me fue negando cada vez más. Al principio, en caso de haberlo permitido los hombres, mi retorno aún habría sido posible a través del gran portón que traza el cielo sobre la tierra, pero a medida que mi fustigada carrera continuaba su curso hacia adelante el portón se volvía cada vez más bajo y estrecho. Me fui sintiendo más a gusto en el mundo de los hombres y encajaba mejor en él. La tempestad, que desde mi pasado rugía a mis espaldas, ha ido amainando y hoy es tan solo una brisa que enfría mis talones. Y el remoto agujero, por el que esta sopla hasta mí y que en algún momento yo mismo atravesé, se ha hecho tan pequeño que, si mi energía y determinación bastaran para volver hasta allí, tendría que dejar el pellejo para poder cruzarlo.

Hablando con franqueza, por más que me guste emplear metáforas para estas cuestiones... Hablando con franqueza, su condición de monos, estimados señores, en caso de que en su pasado haya algo semejante, no puede estar más alejada de ustedes que de mí la mía. En cualquier caso, todo el que camina aquí en la tierra siente ese cosquilleo en los talones: desde el pequeño chimpancé hasta el grandioso Aquiles.

Pese a todo, y en el sentido más restringido, quizá pueda responder a su petición y de hecho lo intentaré con el mayor de los gustos. Lo primero que aprendí fue a dar la mano. Un apretón de manos es una manifestación de franqueza, pues bien, ahora que me encuentro en la cumbre de mi carrera, me permito sumar mi palabra franca a ese primer apretón de manos. Esta no aportará nada sustancialmente nuevo a la academia; ha de quedar, además, muy lejos de lo que se espera de mí y de lo que, con mi más modesta y sincera voluntad, yo mismo quisiera poder articular. No obstante, estas palabras deberían señalar los pasos que un singular mono ha seguido para irrumpir en el mundo de los hombres y para acabar estableciéndose en él. Que quede constancia de que no me permitiría compartir las nimiedades que siguen si no estuviera completamente seguro de mí mismo y si mi posición en todos los grandes teatros de variedades del mundo civilizado no se hubiera consolidado hasta el punto de volverse incuestionable.

Provengo de la Costa de Oro. En lo que respecta a los detalles de mi captura dependo de informes ajenos. Una expedición de caza de la compañía Hagenbeck —con cuyo capitán, por cierto, he vaciado hasta el día de hoy varias buenas botellas de vino tinto— acechaba entre los arbustos de la ribera cuando al caer la noche me dirigía al abrevadero mezclado

entre mis compañeros. Dispararon: fui el único al que le dieron. Recibí dos tiros.

Uno en la mejilla. Fue una herida superficial, pero me dejó una gran cicatriz roja sin pelos, por la que me gané el detestable nombre de “Pedro el Rojo”, absolutamente inapropiado y que bien pudo habersele ocurrido a un mono. Como si esa mancha roja en la mejilla fuera lo único que me distinguiera de ese primate amaestrado llamado Pedro, que falleció hace poco y cuya reputación era meramente local. Esto dicho al margen.

El segundo disparo me alcanzó más abajo de la cadera. Este fue más grave y es el responsable de que aún hoy cojee un poco. No hace mucho leía un artículo de alguno de los diez mil sabuesos que se descargan contra mí en la prensa. Mi naturaleza de mono, comentaba este, aún no estaría completamente reprimida. Prueba de ello es que cuando recibo visitas me deleito en bajarme los pantalones para mostrar el sitio por donde entró aquel disparo. A ese sujeto deberían arrancarle a tiros, uno por uno, los dedos de la mano con la que escribe. Yo...yo puedo bajarme los pantalones delante de quien se me antoje. No se encontrará allí nada más que un pelaje bien cuidado y la cicatriz producto de un —elijamos aquí un adjetivo preciso para un fin preciso, que no se preste para malentendidos— perverso disparo. No hay nada que

esconder, todo está expuesto a la vista. Cuando la verdad es el asunto principal, toda inteligencia noble se despoja de las costumbres más delicadas. Ahora bien, si el escritorzuelo aquel se bajara los pantalones delante de un visitante, ciertamente el asunto causaría una impresión muy distinta y quiero tomar como prenda de su cordura el que no lo haga. ¡Pero entonces que también deje de fastidiarme con sus sensiblerías!

Luego de estos disparos —y aquí poco a poco empiezan a aparecer mis propios recuerdos—, desperté en una jaula en el entrepuente del barco de vapor de la Hagenbeck. No era una jaula con rejas a los cuatro lados, más bien eran solo tres rejas clavadas a un cajón que constituía la cuarta pared. El conjunto era demasiado bajo para estar de pie y demasiado estrecho para sentarse. Por eso permanecía acucillado levantando las rodillas que no dejaban de temblarme y, como a lo mejor en esos primeros días no quería ver a nadie y solo me apetecía estar a oscuras, me quedé de cara al cajón, mientras los barrotes se me iban incrustando en el lomo. Se supone que tal método de confinamiento de los animales salvajes es conveniente durante la fase inicial de su cautiverio y hoy, basándome en mi propia experiencia, no puedo negar que, desde un punto de vista humano, esto resulta en verdad eficaz.

Pero en aquella época no pensaba en tal cosa. Por primera vez en mi vida no podía ver ninguna salida, al menos ninguna

frente a mí, porque frente a mí estaba el cajón con sus tablas firmemente ajustadas. Ciertamente es que entre las tablas había una ranura que iba de lado a lado y que al descubrirla le di la bienvenida con el jubiloso aullido de la irracionalidad, pero aquella ranura no era lo suficientemente ancha como para ni siquiera deslizar la cola por ahí y aun con toda mi fuerza de mono no fui capaz de ensancharla.

Según me informaron más tarde, era muy raro que se me escuchara hacer algún ruido, de lo que se dedujo que o bien moriría muy pronto o, en caso de sobrevivir al primer periodo crítico, resultaría excepcionalmente apto para ser adiestrado. Sobreviví a aquel periodo. Reprimir mis sollozos; despulgarme hasta sacarme llagas; hartarme de chupar un coco; golpetear la pared del cajón con la cabeza; enseñar la lengua cuando alguien se acercaba. De esta forma ocupaba el tiempo en el comienzo de mi nueva vida. Pero sin importar lo que hiciera, prevalecía siempre el mismo sentimiento: no había salida. Por supuesto, hoy en día solo puedo representar en términos humanos lo que en ese entonces sentía como mono y, en consecuencia, lo deforme. Pero, aunque ya no me sea posible recuperar la antigua verdad del mono, esta se encuentra al menos en la senda de mi relato, de eso no les quepa la menor duda.

Hasta mi captura había tenido muchas salidas y, de pronto, no me quedaba ninguna. Estaba atascado. Si me hubieran clavado

la cola a la caja, no se habría reducido mi margen de maniobra. ¿Y esto por qué? Por mucho que te rasques el pellejo entre los dedos de los pies hasta hacerlo sangrar, no encontrarás la respuesta. Aprieta la espalda contra los barrotes de una jaula hasta que casi te corte en pedazos y no encontrarás la respuesta. No tenía ninguna salida, pero tenía que encontrar una, porque sin ella no podría seguir viviendo. Sin otra vista diferente a la pared del cajón, habría desfallecido sin remedio. Pero en Hagenbeck el lugar para los monos era frente a la pared del cajón; pues bien, entonces tenía que dejar de ser mono. Este fue un razonamiento brillante y encantador, que en cierto modo debí concebir en las tripas, pues los monos piensan con las tripas.

Me preocupa que no se comprenda correctamente lo que yo entendía por “salida”. Empleo la palabra en su sentido más ordinario y general. Intencionalmente evito decir “libertad”. Con “salida” no me refiero a esa gran sensación de libertad en todas las direcciones posibles. Cuando era solo un mono probablemente la sentí y he conocido personas que la anhelan. Si hoy me preguntaran por mi caso particular, tendría que responder que nunca he pedido libertad, ni en ese entonces ni ahora. Permítanme comentar al margen: entre los hombres uno se deja engañar respecto a la libertad con demasiada frecuencia. Y así como la libertad se cuenta entre los sentimientos más encumbrados, el correspondiente

desengaño también es de esas proporciones. A menudo en los espectáculos de variedades, antes de mi entrada a escena, veía a una pareja de acróbatas hacer sus números casi al nivel del techo, en los trapecios. Se lanzaban a los trapecios, se columpiaban, se soltaban, uno volaba agarrado únicamente por el pelo con los dientes del otro. Esto también es libertad para los humanos, pensé, movimientos prepotentes. Vaya ridiculización de la sagrada naturaleza. Si los monos vieran tal espectáculo, no habría un muro capaz de soportar el impacto de sus carcajadas.

No, yo no pedía libertad. Solo una salida; a la derecha o a la izquierda, en cualquier dirección. No hacía ninguna otra petición, aunque la salida resultara ser solo una ilusión; dado que mi pedido era pequeño, la desilusión no tendría un alcance mayor. ¡Sigue adelante, adelante! Con tal de no quedarte tieso con los brazos levantados, apretujado contra un cajón. Hoy lo veo con claridad: si no hubiera contado con una calma interior tan profunda, nunca habría podido dejar la jaula. Y, de hecho, probablemente deba todo lo que he llegado a ser a la calma que se apoderó de mí tras los primeros días en el barco. Pero, para ser justos, es a la tripulación del barco a la que debería agradecer por esa calma.

Eran buenas personas, a pesar de todo. Todavía me resulta agradable recordar el sonido de sus pesadas botas que retumbaba

en mi cabeza en medio de la siesta. Estaban acostumbrados a llevar a cabo todo con extrema parsimonia. Cuando alguno se quería frotar los ojos, levantaba la mano como si fuera una pesada masa colgante. Sus payasadas eran rudas, pero no llevaban mala fe. Sus risas terminaban confundándose con una tos que llegaba a asustar pero que a fin de cuentas no era síntoma de nada grave. Siempre tenían algo en la boca para escupir y no les importaba adónde iba a parar. Constantemente se quejaban de que mis pulgas se lanzaban sobre ellos, pero nunca se disgustaban realmente conmigo pues bien sabían que las pulgas prosperaban en mi pelaje y que también eran saltarinas, así que terminaron por acostumbrarse.

Algunos de ellos, cuando no estaban de servicio, solían sentarse en semicírculo a mi alrededor; hablaban muy poco, más bien se limitaban a intercambiar gruñidos. Fumaban sus pipas, estirados sobre los cajones; y se avisaban golpeándose las rodillas cuando yo hacía el más mínimo movimiento. De vez en cuando uno de ellos cogía un palo y me hacía cosquillas donde resultaba agradable. Si hoy me invitaran a hacer un viaje en ese barco, sin duda declinaría la invitación, pero es igualmente cierto que no todos los recuerdos que se podrían revivir en el entrepuente serían desagradables.

Más que cualquier otra cosa, fue la calma de la que gocé en compañía de estas personas la que impidió que considerara

algún intento de fuga. Desde mi perspectiva actual presumo que al menos debí haber intuido que tenía que hallar una salida para sobrevivir, pero que esta no podía alcanzarse por medio de una fuga. No tengo ya certeza de que una fuga fuera posible, pero conservo el convencimiento de que sí lo era; un mono siempre encontrará algún medio para emprender una fuga. Con mis dientes de hoy tengo que ser sumamente cuidadoso hasta en la simple tarea de romper nueces, pero en ese tiempo hubiera sido capaz de desgastar pacientemente el cerrojo de la puerta con mi mordida. No lo hice. ¿Qué habría conseguido con ello? Tan pronto como hubiera asomado la cabeza, me habrían agarrado y me habrían metido en una jaula aún peor; o podría haber salido sin que nadie lo advirtiera y esconderme entre los demás animales, entre, por decir algo, las enormes boas constrictoras ubicadas en la jaula de enfrente, y así habría exhalado mi último aliento en su abrazo; o podría haber logrado deslizarme hasta la cubierta para saltar por la borda, en cuyo caso me habría mecido en el mar profundo para terminar hundiéndome después de un rato. Medidas desesperadas. No razonaba de esa manera tan humana, sino que bajo la presión de las circunstancias me comportaba como si estuviera haciendo esos razonamientos en mi cabeza.

No razonaba pero sí prestaba atención a mi alrededor con absoluta paciencia. Veía a estos hombres yendo y viniendo de

arriba para abajo, siempre con la misma expresión, haciendo los mismos movimientos, y a menudo tenía la impresión de que todos eran un mismo hombre. Ahora, este hombre o estos hombres deambulaban sin ser molestados. Un noble objetivo germinó en mí. Nadie me prometía que, si llegaba a ser como ellos, los barrotes serían retirados. No se hacen tales promesas para contingencias aparentemente imposibles de revertir. Pero si uno revierte una contingencia indiscutiblemente, las promesas adeudadas se manifiestan precisamente allí donde antes se las buscaba en vano. Ahora bien, nada había en estas personas que me deleitara realmente. Si hubiera sido devoto de la idea de libertad que antes mencioné, sin duda habría preferido el mar profundo frente a la salida que se reflejaba en la mirada sombría de estos hombres. Pero de todos modos los observé durante mucho tiempo antes de pensar en aquellas cuestiones; de hecho, fue el peso de las observaciones acumuladas lo que me empujó por primera vez en la dirección correcta.

Era muy fácil imitar a estas personas. Aprendí a escupir desde los primeros días. Nos escupíamos mutuamente en la cara, la única diferencia era que yo me la lamía luego para dejarla limpia, ellos no lo hacían. Pronto empecé a fumar en pipa como un veterano y si además presionaba con el pulgar la hornilla de la pipa, había aullidos de júbilo en el entrepuente;

lo que no sabían era que tardé bastante tiempo en entender la diferencia entre una pipa cargada y una vacía.

La mayor dificultad apareció con la botella de aguardiente. El simple olor era una tortura para mí. Me esforzaba con toda mi voluntad, pero tardé semanas en superar mi repulsión. Lo curioso era que las personas se tomaban más en serio esta puja interna que cualquier otro asunto de mi existencia. No puedo distinguir a los hombres entre sí en mis recuerdos, pero había uno que siempre me visitaba, solo o acompañando, en la mañana o en la noche, a diferentes horas; se ponía con una botella delante de mí y me daba una clase. Sin llegar a comprenderme, pretendía resolver el enigma de mi ser. Descorchaba la botella lentamente y luego me miraba para comprobar si había captado la intención. Confieso que siempre lo miraba con una atención ardiente, casi agresiva. Ningún maestro de hombres ha encontrado en la faz de la tierra a un alumno tan interesado en aquellos asuntos humanos. Una vez descorchaba la botella, la alzaba a la altura de la garganta; yo seguía con la mirada todo el movimiento hasta que la ponía muy cerca de la boca. Él asentía, contento por el interés que mostraba, y se ponía la botella en los labios. Yo, encantado por mi comprensión gradual, chillaba y me rascaba cada milímetro del cuerpo que lo necesitara. Él se regocijaba, inclinaba la botella y bebía un trago; yo, impaciente y desesperado por

emularle, empuercaba mi jaula, lo que también le hacía mucha gracia. Entonces, apartaba la botella estirando el brazo y con un gesto igual de enfático se la acercaba de nuevo a los labios, y se bebía todo el contenido de un solo trago, echándose hacia atrás en un ángulo exagerado para que la instrucción fuera interpretada correctamente. Yo, extenuado por la desproporcionada exigencia, no podía seguirle más y con los últimos arrestos me mantenía colgado de los barrotes, mientras él daba por terminada la lección teórica frotándose la barriga y esbozando una amplia sonrisa.

Apenas ahí comenzaba el entrenamiento práctico. ¿No estaba ya lo bastante agotado por la instrucción teórica? Sin duda: estaba totalmente agotado. Aquello formaba parte de mi destino. No obstante, me sobreponía y, como podía, agarraba la botella que se me ofrecía, temblando la descorchaba y al lograrlo me brotaban de a poco nuevas fuerzas; levantaba la botella, apenas distinguible de la de mi instructor; me la llevaba a los labios y... la tiraba con asco, con asco aunque estuviera vacía y solo quedaran los vapores del licor, la arrojaba al suelo de la repugnancia que me causaba. Era una pena para mi profesor y una pena aún mayor para mí; a ninguno de los dos realmente nos consolaba el detalle de que me acordara, después de tirar la botella, de frotar mi barriga con una admirable naturalidad mientras mostraba una

gran sonrisa. Con demasiada frecuencia, la clase transcurría de este modo. En honor a mi maestro debo decir que él no se enfadaba conmigo; cierto que a veces sostenía su pipa encendida contra mi pelaje, en algún lugar al que yo no podía llegar fácilmente, hasta que empezaba a chamuscarse, pero en seguida él mismo lo apagaba con su propia mano enorme y amable. Él no se enfadaba conmigo, se daba cuenta de que estábamos luchando en el mismo bando contra mi naturaleza de mono y que era yo el que llevaba la parte más pesada.

Qué triunfo fue entonces, tanto para él como para mí, cuando una noche entre un numeroso público —quizá había alguna celebración, sonaba el gramófono y un oficial se paseaba entre la gente—, justo cuando nadie miraba, me apoderé de una botella de aguardiente que había quedado descuidada al frente de mi jaula. La descorché ejemplarmente según la lección recibida en medio de la creciente expectativa de los presentes, me la llevé a la boca y, sin vacilar, sin una mueca, como un bebedor experimentado, con los ojos en blanco y la garganta rebozante, me la bebí efectivamente hasta la última gota; y arrojé la botella, esta vez no por desesperación sino como un artista. Si bien olvidé frotar mi barriga, en compensación, porque no podía evitarlo, porque algo dentro de mí luchaba por salir, porque mis sentidos estallaban, lancé un “hola”, breve e inconfundible. Sin proponérmelo había

proferido sonidos humanos y este exabrupto significó mi ingreso en el ámbito de lo humano. La respuesta de su parte —“¡Oigan, está hablando!”— se sintió como un beso sobre todo mi cuerpo empapado en sudor.

Lo diré de nuevo: imitar a los hombres no era algo que me deleitara. Los imitaba porque necesitaba una salida y por ninguna otra razón. Pero incluso con esa victoria no se logró mucho. La voz dejó de funcionar de inmediato, recién meses después volvió a responder a mi voluntad. Mi repulsión por el aguardiente reapareció con mayor intensidad. Pero al menos el rumbo que debía seguir estaba marcado, de una vez y para siempre.

Cuando en Hamburgo fui entregado a mi primer adiestrador, rápidamente me di cuenta de que dos alternativas se presentaban ante mí: el parque zoológico o el teatro de variedades. No lo pensé dos veces. Me dije “pon todas tus energías para entrar en el teatro; esa es la salida”. El parque zoológico significaba solo una jaula diferente; una vez adentro, estaría acabado.

Y así aprendí, estimados señores. Pues uno aprende cuando está obligado a hacerlo, uno aprende cuando anhela una salida, uno aprende sin importar el costo. Uno se vigila a sí mismo con un látigo, fustigándose ante la más leve resistencia. Mi naturaleza de mono se precipitó fuera de mí, a fuerza de dar botes, y así se alejó; de ahí que mi primer adiestrador,

en el proceso, resultara adoptando conductas de mono. Al poco tiempo tuvo que abandonar las lecciones y fue internado en un asilo psiquiátrico. Por fortuna fue dado de alta tras un breve periodo.

En el recorrido fundí a muchos profesores, incluso a varios en la misma tanda. En vista de que me sentía más seguro de mis capacidades, de que el público se interesaba por mis progresos y de que mi futuro empezaba a brillar, contraté profesores por mi cuenta, los hice colocar en cinco salones contiguos y recibí lecciones de todos ellos simultáneamente, brincando sin descanso de un salón a otro.

¡Qué progreso el mío! ¡Sentir cómo los rayos del conocimiento ingresaban desde todos los ángulos en mi cerebro que recién despertaba! No lo voy a negar: aquello me encantaba. Pero también debo confesar: no dejaba que mi orgullo al respecto se desbordara, no me lo permitía en ese entonces, mucho menos me lo permito hoy en día. Gracias a un esfuerzo que hasta el momento no se ha repetido en la tierra, he alcanzado el nivel cultural promedio de un europeo. En sí mismo tal vez no sea nada del otro mundo, pero para mí es algo, en la medida en que me permitió escapar de la jaula y me proporcionó esta singular salida, que fue al mismo tiempo mi entrada a la humanidad. Existe una expresión local muy adecuada: “Perderse en la espesura del bosque”. Eso es lo que he hecho.

Me he perdido en la espesura de este bosque. No había otro camino, teniendo en cuenta que la libertad no era una alternativa. Cuando repaso mi evolución y sus frutos hasta el momento, no me quejo pero tampoco me siento satisfecho. Con las manos en los bolsillos del pantalón y una botella de vino sobre la mesa, me encuentro medio tumbado en la mecedora mirando por la ventana. Cuando tengo una visita, la recibo como es debido. Mi empresario se sienta en el recibidor y, cuando lo llamo, acude y escucha lo que tengo que decir. Casi todas las tardes tengo función, y mi éxito es tal que pasarán muchísimos años antes de ser superado. Cuando vuelvo a casa a altas horas de la noche después de banquetes, de recepciones de sociedades científicas y de agradables tertulias, allí me espera una pequeña chimpancé amaestrada y, de una manera simiesca, pasamos un rato ameno. Durante el día no me gusta verla porque tiene la mirada trastornada del animal amaestrado y aturdido. Soy el único que lo nota y no lo soporto.

En términos generales, he conseguido en alguna medida lo que me he propuesto conseguir. Que no se diga que el esfuerzo no valía la pena. En todo caso, no me interesa la opinión de ningún hombre, solo quiero compartir unos conocimientos, simplemente presento un informe. Incluso para ustedes, honorables miembros de la Academia, no es más que un informe.

UNA CONFUSIÓN COMÚN

UNA SITUACIÓN COMÚN, LA DE SUFRIR UNA CONFUSIÓN común. A tiene que concretar un importante negocio con B en H. Se desplaza hasta H para una negociación preliminar, se gasta diez minutos en el trayecto de ida y diez en el de regreso, y al volver a casa se jacta de esta notable celeridad. Al día siguiente se dirige de nuevo a H, esta vez para el acuerdo definitivo. En vista de que a lo mejor aquello ocupará largas horas, A sale muy temprano en la mañana. Pero, pese a que todas las circunstancias, al menos en opinión de A, son exactamente las mismas que las del día anterior, esta vez el viaje hasta H le toma diez horas. Cuando llega allí al atardecer, agotado, le informan que B, irritado por su ausencia, ha partido hace media hora para la ciudad de A y que deben de haberse cruzado en el camino. Le aconsejan que espere. Pero A, angustiado por el negocio, se pone en marcha al instante

para volver rápido a casa. Sin prestar ninguna atención especial, esta vez realiza el trayecto en un abrir y cerrar de ojos. En la residencia se entera que B había acudido desde muy temprano, justo después de la partida de A y que hasta se cruzó con él en la portería y quiso recordarle el negocio, pero que A le había respondido que no tenía tiempo que perder, que debía irse de inmediato.

Pese a aquella inexplicable actitud de A, B se había quedado allí para esperarlo. Es cierto que había preguntado muchas veces si no había vuelto ya, pero aún se encontraba arriba en la habitación de A. Dichoso de poder ver a B de una vez y explicarle todo lo sucedido, A sube corriendo las escaleras. Está por llegar a su piso cuando tropieza, siente cómo se le desgarran un tendón y, a punto de desmayarse del dolor, incapaz incluso de gritar, jadeando en la oscuridad, alcanza a escuchar cómo B —imposible saber si a gran distancia o pasando justo a su lado— hace resonar rabiosamente sus pisadas al bajar y finalmente desaparece.

LAS TRIBULACIONES DEL JEFE DEL HOGAR

HAY QUIENES AFIRMAN QUE LA PALABRA “ODRADEK” tiene su raíz en alguna lengua eslava y bajo este supuesto intentan comprobar su etimología. Otros consideran que la palabra proviene del alemán y que el eslavo solo ejerció una cierta influencia. Sin embargo, la precariedad de ambas interpretaciones sugiere con justa razón que ninguna es correcta, sobre todo porque ninguna de las dos permite descifrar el significado de la palabra.

Nadie, por supuesto, se dedicaría a tales estudios si un ser llamado Odradek no existiera en realidad. De pasada, parece ser un carrete para enrollar hilo, achatado y con forma de estrella; además, da la impresión de estar realmente cubierto de un hilo; pero más bien lo que lo recubre es un montón de hilos viejos y rotos, anudados entre sí o simplemente enredados, de las clases y colores más variados. Pero no se trata

únicamente de un carrete, ya que desde el interior de la estrella sobresale un pequeño eje que lo atraviesa y a esta barrita se le une otra en ángulo recto. Con la ayuda de esta segunda barrita por un lado y de uno de los rayos de la estrella por el otro, el conjunto puede sostenerse derecho como parado sobre dos patas.

Uno siente la tentación de creer que en otro tiempo esta figura tuvo una forma intencionada para algún fin y ahora simplemente es un vestigio desbaratado. Sin embargo, tal versión no parece ajustarse a este caso; al menos no se ve ninguna señal de que así sea; por ninguna parte se ven marcas de retoques o de quiebres que indiquen algo semejante. El conjunto parece carecer de sentido, pero a su modo está perfectamente realizado en sí mismo. En cualquier caso, no es posible hacer una exposición más detallada al respecto, pues Odradek es extraordinariamente movedizo y nunca se le puede atrapar.

Se acomoda por temporadas en el altillo, en las escaleras, por los pasillos, en el corredor de la entrada. En ocasiones no se deja ver durante meses y en esos momentos uno supone que se ha mudado a otros hogares, pero invariablemente termina regresando a nuestra casa. Algunas veces, si uno cruza la puerta de la habitación y resulta que él está apoyado en el pasamanos sobre un escalón justo al nivel de los pies, a

uno le entran ganas de hablar con él. Naturalmente, no se le hace ninguna pregunta difícil, sino que se le trata como a un niño, su diminuto tamaño induce a tratarlo así. “Y... ¿cómo te llamas?”, se le pregunta. “Odradek”, dice él. “¿Y dónde vives?” “Domicilio indeterminado”, dice y se ríe; pero aquello es una risa como la que solo puede salir de algo carente de pulmones; suena más o menos como el crujir de hojas secas. Por lo general, en este punto muere la conversación. Por cierto, ni siquiera estas respuestas se obtienen siempre; a menudo se queda mudo durante largo tiempo, con la expresividad de un madero, como del que parece estar hecho.

Pierdo tiempo preguntándome qué pasará con él. ¿Acaso puede morir? Todo lo que muere ha tenido previamente algún propósito, alguna suerte de empleo en el que se ha desgastado hasta hacerse polvo; para Odradek esto no aplica. ¿Se debe suponer, entonces, que en el futuro seguirá rodando por las escaleras arrastrando puntas de hilo tras de sí, justo ante los pies de mis hijos y de los hijos de mis hijos? Por lo que se ha visto, él no le hace ningún daño a nadie, pero la sola idea de que vaya a persistir después de mí me produce una pena casi punzante.

LA COMUNIDAD DE LOS CANALLAS

ÉRASE UNA VEZ UNA COMUNIDAD DE CANALLAS, o mejor dicho, no eran canallas, sino gente común y corriente, gente promedio. Siempre se mantenían unidos. Cuando, por ejemplo, uno de ellos cometía una canallada, o de nuevo, mejor dicho, nada realmente canalla, sino lo que es habitual, lo que es normal, entonces se lo confesaba a la comunidad, todos investigaban el asunto, lo juzgaban, le imponían penitencias, lo perdonaban y... cosas por el estilo. Esto no era malintencionado; los intereses del individuo y de la comunidad se salvaguardaban rigurosamente y al penitente se le ofrece un color que disuelve el que antes había mostrado. Así se mantenían siempre unidos. Incluso después de la muerte no renunciaban a la comunidad, sino que ascendían al cielo en animada procesión. Al elevarse, el conjunto ofrecía un espectáculo de la más pura inocencia infantil. Pero como en las

puertas del cielo todo se rompe en sus pedazos elementales,
ellos se estrellaban y caían cual rocas despeñándose.

JOSEFINA LA CANTANTE O EL PUEBLO DE LOS RATONES

NUESTRA CANTANTE SE LLAMA JOSEFINA. NO HAY nadie que no haya sido atrapado por su canto, lo cual es aún más significativo en tanto que nuestra especie en su conjunto no adora la música. La paz del silencio es la música que preferimos. Nuestras vidas son pesadas y por más que alguna vez hayamos buscado la forma de sacudirnos de todos los afanes del día a día, ya no somos capaces de dejar que nuestro espíritu se suspenda en las alturas por la fuerza de algo tan alejado de nuestra vida cotidiana como la música. Pero ni una sola vez llegamos a quejarnos, ni siquiera un poco. Una especie de astucia para las cosas prácticas, de la que ciertamente dependemos para sobrevivir, es nuestra mayor virtud, y con una sonrisa orgullosa por tal astucia procuramos consolarnos de todas nuestras carencias; con aquello nos basta, aun si alguna vez —solo que nunca ocurre— llegáramos a

anhelar la clase de dicha que tal vez la música proporciona. Solo Josefina encarna una excepción; ella ama la música y sabe cómo transmitir sus bondades; ella es la única. Cuando ella nos deje, la música se esfumará de nuestras vidas, quién sabe por cuánto tiempo.

Muchas veces he reflexionado sobre lo que realmente se pone en juego con su música, cómo cobra vida y cómo nos toca. No somos una especie con don para la música. ¿Cómo es posible que entendamos el canto de Josefina? O ya que ella sostiene que no lo entendemos, ¿por qué creemos poder hacerlo? La respuesta más fácil sería que la belleza de su canto es tan arrolladora que ni siquiera el individuo más apático podría resistir su seducción, pero esta respuesta no es satisfactoria en absoluto. Si efectivamente fuera acertada, su canto tendría que producir la sensación inmediata y persistente de ser algo extraordinario, la sensación de que desde su garganta brota algo que nunca habíamos escuchado antes y que ni siquiera tenemos la capacidad de entender, algo que se nos permitiría oír solo cuando canta Josefina y que nadie más lograría. Pero en mi opinión esto no es acertado en nuestro caso. Yo no lo he experimentado y tampoco he notado algo así en los demás. En conversaciones privadas entre amigos, admitimos abiertamente que el canto de Josefina no entraña nada extraordinario como canto.

Para comenzar, ¿lo que hace siquiera puede considerarse canto? Aunque no seamos musicales, atesoramos una herencia alrededor del canto; en la prehistoria de nuestro pueblo se daba el canto, esto se menciona en las leyendas e incluso se han conservado canciones, aunque ya nadie sabe cómo interpretarlas. De alguna forma, retenemos una cierta noción de lo que es el canto y, siendo sinceros, el arte de Josefina no se corresponde realmente con esa noción. Entonces ¿aquello se puede considerar como canto? ¿No es acaso solo un silbido? Y silbar es algo que todos sabemos hacer, es la verdadera realización artística de nuestro pueblo. Bueno, ni siquiera merece el nombre de realización, más bien es una de las expresiones vitales que nos caracterizan. Todos silbamos, pero por supuesto a nadie se le ocurriría hacerlo pasar por una muestra de arte. Silbamos sin darle importancia; de hecho, sin darnos cuenta, e incluso hay muchos entre nosotros que ni siquiera saben que silbar es una de las características que nos definen. Si entonces fuera cierto que Josefina no canta sino que solo silba y, como al menos me parece a mí, a duras penas alcanza el nivel del silbido ordinario —de hecho, es posible que sus fuerzas ni siquiera sean suficientes para emitir ese silbido ordinario, mientras que un trabajador normal del campo puede silbar sin esfuerzo durante todo el día al tiempo que realiza sus arduas labores—... Si todo esto fuera

cierto, entonces la pretendida maestría artística de Josefina quedaría así automáticamente refutada, pero entonces habría que enfrentarse al verdadero enigma por resolver: cuál es la razón del potente efecto que producen sus actuaciones.

Al fin y al cabo, lo que ella emite no son simples silbidos. Uno puede situarse muy lejos de ella y escuchar, o, mejor aún, poner a prueba la agudeza del propio oído y cuando ella esté cantando en medio de otras voces ponerse a la tarea de identificar su voz, entonces inevitablemente no se percibirá algo diferente a un silbido normal, un silbido que a lo sumo se distingue un poco de los demás por su sutileza o su debilidad. Pero al estar justo delante de ella, no se trata de un mero silbido. Para comprender su arte, no solo hay que oír-la, también es necesario verla. Incluso si no fuera más que el silbido de todos los días, ante todo hay que tener en cuenta el hecho curioso que aquí se presenta: que alguien monte un espectáculo solemne para ejecutar nada más que una acción cotidiana. Romper una nuez no implica ningún arte particular, de ahí que nadie se atrevería a reunir a un público para entretenerlo rompiendo nueces. Si, a pesar de todo, alguien lo lleva a cabo y tiene éxito en su propósito de entretener, entonces evidentemente no podría ser simplemente una cuestión de romper nueces. O tal vez sí tenga que ver con romper nueces, pero de repente se ha hecho evidente que, debido a que

lo dominamos sin dificultad, habíamos desatendido su índole artística, y que este recién llegado cascanueces nos muestra por primera vez la verdadera naturaleza de este arte, en cuyo caso incluso podría ser útil para el efecto si es un poco menos hábil rompiendo nueces que la mayoría de nosotros.

Tal vez ocurra algo semejante con el canto de Josefina. Admiramos en ella lo que no admiramos en absoluto en nosotros mismos. Por cierto, en esta última observación ella está totalmente de acuerdo con nosotros. Una vez estuve presente cuando alguien, como lógicamente ocurre con frecuencia, le recordó que el silbido era algo generalizado en nuestro pueblo, haciendo solo una justa y precisa referencia al asunto, pero eso fue suficiente para enojar a Josefina. Nunca había visto una sonrisa tan desdeñosa y altanera como la que se dibujó en sus labios en ese momento; ella, que exteriormente es la delicadeza en sí misma, destacándose por su delicada figura incluso entre nuestro pueblo que es prolífico en este tipo de figuras femeninas, mostró en ese instante la apariencia de un ser francamente ruin; ella misma, con su aguda sensibilidad de artista, también debió advertirlo enseguida y se controló. En cualquier caso, niega que pueda existir relación alguna entre su arte y los silbidos. Para los que declaran una opinión contraria, lo único que tiene es desprecio y, muy probablemente, un odio que, como es natural, no puede admitir. No

se trata de la vanidad típica, pues los de opinión contraria a la suya, entre los que yo mismo me incluyo parcialmente, sin duda, no la admiramos menos de lo que lo hace la multitud. Pero no le basta con ser admirada, quiere ser admirada de un modo especial determinado por ella; la admiración sola en sí misma no significa nada para Josefina. Cuando uno se encuentra enfrente de ella, lo comprende; mantener la postura opuesta a su pretensión artística solo es posible desde una gran distancia; enfrente de ella uno se da cuenta: silbidos no es una denominación justa para lo que ella emite.

Dado que el silbido es uno de nuestros hábitos inconscientes, se podría suponer que el público de Josefina también silba. Nos sentimos a gusto con su arte y tendemos a silbar siempre que estamos a gusto, pero nadie en el público silba, de un modo ratonil nos abstenemos de cualquier sonido, como si la paz que anhelamos nos fuera concedida en ese momento y, en consecuencia, nuestros propios silbidos no harían más que apartarnos de ese estado, entonces permanecemos en silencio. ¿Lo que nos cautiva es su canto o es más bien la serenidad solemne del silencio que rodea su frágil vocecita? Sucedió una vez que alguna necia criaturita se puso a silbar con toda inocencia durante uno de estos conciertos. Pues bien, era exactamente lo mismo que escuchábamos de Josefina. Delante, en el escenario, un silbido todavía vacilante

a pesar de tanta práctica y aquí, entre el público, el silbido distraído de una infante; habría sido imposible determinar en qué radicaba la diferencia; no obstante, hicimos callar a la entrometida a fuerza de siseos y chiflidos, aunque en realidad no hubiera sido necesario, pues sin eso igual habría escapado arrastrándose a algún escondrijo por la vergüenza y el miedo. Mientras tanto Josefina silbaba sus notas más triunfales, completamente fuera de sí con los brazos extendidos y con la cabeza tan elevada, y un cuello que no podía estirarse más.

Por cierto, esto es lo normal para Josefina. Cualquier nimiedad, cualquier incidente casual, cualquier contrariedad, un crujir del tablado, un rechinar de dientes, una falla en la iluminación, todo ello le es propicio para realzar el efecto de su canto. Cree que, de todos modos, está cantando para oídos sordos y, aunque no faltan el entusiasmo y los aplausos, desde hace tiempo ha aprendido a no esperar una verdadera comprensión, tal como ella la concibe. Así que todas las perturbaciones le vienen muy bien. Todo lo que conspira desde el exterior contra la pureza de su canto es anulado en un combate fácil; de hecho, no es un combate en absoluto, simplemente por medio del contraste ella sale victoriosa. Todo esto puede ayudar a despertar a la multitud, a enseñarle, tal vez no la comprensión, pero por lo menos sí un respeto lleno de augurios.

Si los pequeños acontecimientos juegan a su favor, ¡cuánto más los grandes! Nuestra vida está llena de sobresaltos, cada día trae su cuota de sorpresas, angustias, esperanzas y terrores. De modo que sería imposible para un solo individuo soportar todo si no tuviera siempre, de día y de noche, el apoyo de sus semejantes; pero aun así, la existencia resulta terriblemente pesada; a veces los hombros de hasta mil individuos tiemblan bajo el peso de una carga que en realidad estaba destinada a un solo ser. Entonces Josefina intuye que ha llegado su hora. Ya está allí la delicada criatura, sacudida por aterradoras vibraciones provenientes principalmente de la parte superior del vientre. Es como si hubiera concentrado todas sus fuerzas en el canto; como si todo lo que en ella no estuviera en función directa de su canto hubiera sido privado de cualquier vigor, de casi cualquier posibilidad de vida; como si estuviera abandonada e indefensa, encomendada solo al cuidado de los espíritus del bien; como si, durante este intervalo de completa entrega, viviendo solo por y en su canto, el paso de una corriente de aire frío fuera suficiente para matarla. En ese preciso momento, viendo tal imagen frente a nosotros, los supuestos contradictores no podemos evitar decirnos: “Ni siquiera puede cantar; tiene que hacer un esfuerzo terrible para que le salga, no una canción —no podemos llamarla canción—, sino un silbido vagamente parecido

al que es autóctono de nuestro territorio”. Así nos parece, pero, como ya he dicho, se trata de una impresión, aunque inevitable, también superficial y que desaparece rápidamente. Nosotros también nos hundimos en el sentimiento de la masa, una multitud que escucha, conteniendo el aliento, en el abrigo de los cuerpos, apretados unos contra otros.

Y para reunir a su alrededor a esta multitud de nuestra gente, que casi siempre está en movimiento, correteando de aquí para allá con propósitos a menudo no muy claros, generalmente lo único que tiene que hacer Josefina es echar la cabeza hacia atrás, entreabrir la boca y dirigir su mirada hacia las alturas; adoptando esta pose nos anuncia que está lista para cantar. Ella puede hacer esto donde se le ocurra, no tiene que ser un lugar visible a gran distancia, cualquier rincón aislado escogido según su estado de ánimo sirve igual. La noticia de que tiene la intención de cantar se esparce de inmediato, y en poco tiempo empiezan a acudir miles en procesión. Claro que a veces surgen obstáculos. Josefina prefiere cantar en tiempos turbulentos. Múltiples preocupaciones y dificultades nos llevan por muchos caminos diferentes. Incluso con la mejor de las voluntades no es posible reunirnos de un momento a otro como desea Josefina y, por tanto, se queda allí en su postura solemne quizás durante un largo período sin una audiencia suficiente. Hasta que no aguanta más y deja

salir su furia, patalea contra el suelo, maldice como no lo haría una dama, incluso muerde. Pero ni siquiera este comportamiento perjudica su reputación. En lugar de rechazar sus desmesuradas exigencias, todos se esfuerzan por satisfacerlas; se envían mensajeros para convocar a nuevos oyentes, pero esta operación se le mantiene oculta. Se pueden ver centinelas apostados en los caminos de los alrededores que hacen señas con las manos a los que llegan para que se apresuren, y todo esto continúa hasta que finalmente se logra reunir una audiencia de un tamaño acorde con las expectativas.

¿Qué es lo lleva a nuestra gente a hacer semejantes esfuerzos por Josefina? Esta pregunta no es más fácil de responder que la pregunta acerca de los atributos de su canto, con la cual guarda una estrecha relación. Esta nueva cuestión se podría sortear integrándola completamente a la pregunta inicial relativa a la esencia de su arte, si fuera posible afirmar que a causa de su canto el pueblo se ha rendido sin condiciones ante Josefina. Pero esto no se ajusta a la realidad. Difícilmente nuestro pueblo concibe algo como la entrega incondicional. Este pueblo, que ama por encima de todo la picardía (sin mala voluntad, por supuesto) y también el cuchicheo infantil que transmite secretos, algo inocente solo para mantener los labios animados... Un pueblo con esta idiosincrasia no puede en ningún caso comprometerse sin condiciones. Esto

también lo debe intuir Josefina y es en contra de lo que lucha con toda la fuerza de su débil garganta.

No conviene, sin embargo, exagerar el alcance de estas consideraciones tan generales. Por ejemplo, no seríamos capaces de reírnos de Josefina. Bien podemos reconocerlo: hay muchas cosas risibles en Josefina. Por naturaleza la risa siempre está de nuestro lado; a pesar de todas las desdichas de nuestra existencia, una pequeña carcajada nunca puede faltar de alguna forma en nuestro repertorio, pero nunca hacemos mofa de Josefina. A veces tengo la impresión de que nuestra gente interpreta su relación con Josefina de la siguiente forma: ella, una criatura frágil, ávida de cuidados, en cierta medida excepcional —en su opinión, excepcional por el don de su canto—, ha sido encomendada al cuidado del pueblo y le corresponde a este velar por su bienestar. Los motivos de esto no son claros para nadie, pero el hecho parece irrefutable. Uno simplemente no hace mofa de lo que le han encomendado, hacerlo equivaldría a la violación de un mandato. El colmo de maldad que los más malintencionados entre nosotros ejercen sobre ella consiste en comentar de vez en cuando: “Se nos pasa la risa cuando vemos a Josefina”.

Así pues, el pueblo cuida de Josefina a la manera de un padre que ha asumido el cuidado de un niño, cuya manita se extiende hacia él, no se sabe muy bien si pidiendo un favor

o dando una orden. Se podría pensar que nuestro pueblo no está facultado para ejercer tales deberes paternales, pero en realidad, al menos en este caso, los ejerce de manera ejemplar. Ningún individuo podría hacer lo que en este sentido el pueblo en su conjunto es capaz de hacer. Sin duda, la diferencia de fuerzas entre el pueblo y el individuo es tan enorme que basta con que el crío se acerque al calor del abrazo de la comunidad para que quede debidamente cobijado. Claro que nadie se atrevería a mencionar tales reflexiones ante Josefina. “Tal vez dedique una cancioncita a vuestra protección”, dice sarcásticamente. “Sí, claro, tú sílbala”, pensamos. Después de todo, no es una verdadera refutación cuando se rebela, es más bien lo que se puede esperar de un niño, la manera en que los niños demuestran agradecimiento, mientras que lo que se debe esperar del padre es que no le preste mucha atención a esa actitud.

Ahora bien, hay mucho más en juego aquí respecto a la relación entre el pueblo y Josefina, y es difícil de explicar. A saber, Josefina piensa justo lo contrario: cree que ella es quien protege al pueblo. Según ella, a través de su canto nos salva de los males propios de nuestras circunstancias políticas y económicas, nada menos es lo que ella consigue. Si su canto es incapaz de desterrar todas las desgracias, al menos nos da la fuerza para poder soportarlas. Ella no se expresa de esa manera

ni de ninguna otra, de hecho, habla muy poco, se queda callada entre los charlatanes; pero aun así es algo que brilla en sus ojos, algo que se deja adivinar escondido detrás de sus labios apretados —entre nosotros son muy pocos los que pueden mantener la boca cerrada, ella se cuenta entre esos—. Cada vez que recibimos malas noticias, y algunos días cada noticia es peor que la anterior, y no faltan las noticias falsas y las medias verdades, ella se levanta de repente, lo que contrasta con los demás días durante los que se arrastra desganadamente por el suelo. Ahora se ha levantado y extiende el cuello, buscando tener una visión general de su rebaño como el pastor antes de una tormenta. Ciertamente, también los niños en su forma de ser salvaje e impulsiva tienen la costumbre de hacer afirmaciones de este estilo, pero las de Josefina tienen un fundamento un poco más sólido que las de los niños. En efecto, ella no nos salva ni nos da fuerzas. Es fácil adoptar el papel de salvador de un pueblo como el nuestro: familiarizado con el sufrimiento, no dado a fingir, rápido en sus decisiones, conocedor de la muerte, temeroso solo en apariencia pues en realidad se desenvuelve en una atmósfera de arrojo heroico y, sobre todo, tan fértil como audaz. Es fácil, decía, presentarse a posteriori como el salvador de un pueblo así, un pueblo que de alguna manera consigue salvarse siempre, aunque a costa de terribles sacrificios ante los cuales un historiador —en el

supuesto de que no fuéramos tan descuidados en la conservación de la historia— se quedaría paralizado por el horror. Sin embargo, es precisamente en los momentos de emergencia cuando escuchamos con más atención la voz de Josefina. Las amenazas que se ciernen sobre nosotros nos hacen más tranquilos, más humildes, más dóciles ante las demandas de la presencia dominante de Josefina. De buena gana nos congregamos y nos apretamos los unos con los otros, sobre todo porque nuestra reunión ocurre con un motivo que está muy lejos del asunto primordial que nos flagela. Nuestra reunión es como si todos bebiéramos al tiempo y a toda prisa (sí, la prisa es necesaria, esto lo olvida Josefina con demasiada frecuencia) de una fuente común de paz justo antes de entrar en el fragor de la batalla. Más que de un recital de canto, se trata de una asamblea popular, y una asamblea, por cierto, en la que, salvo por el débil silbido que llega del centro del improvisado auditorio, impera un absoluto silencio. La ocasión es de enorme trascendencia como para desaprovecharla en charlas ociosas.

Como es natural, una relación semejante nunca dejaría satisfecha a Josefina. A pesar de toda la inquietud nerviosa que se apodera de ella porque su situación nunca está del todo clara, hay muchas cosas que ignora, deslumbrada por su egocéntrica confianza, y puede ser llevada sin mucho esfuerzo a

pasar por alto muchas más. Hay un enjambre de aduladores que trabaja todo el tiempo en este sentido, actuando así realmente en aras del interés general. Sin embargo, ella ciertamente no rebajaría su canto al reconocerse como solo una intérprete secundaria y desapercibida en un rincón de una asamblea popular, aunque esto no sería en absoluto despreciable.

Pero aquello no es necesario porque su actuación artística no pasa desapercibida. A pesar de que en el fondo estemos preocupados por asuntos muy alejados; de que no sea solo por devota apreciación que prevalece el silencio; de que algunos ni siquiera levanten la vista sino que aprieten la cara contra la piel del vecino, y de que Josefina parezca así esforzarse en vano allí adelante, de todos modos, no se puede negar, algo se abre paso, algo de su silbido nos llega inevitablemente. Este silbido, que se eleva allí donde a todos los demás se nos impone el silencio, llega al individuo casi como un mensaje del pueblo. El fino silbido de Josefina en medio de las decisiones difíciles es casi como la precaria existencia de nuestro pueblo en medio del tumulto de un mundo hostil. Josefina se mantiene en pie, esta voz ínfima, esta mera nada en la ejecución, se impone y se abre camino hasta nosotros, nos reconforta considerar esta perspectiva. Un verdadero artista de la canción, si alguna vez apareciera uno entre nosotros, no podría ser tolerado en tiempos como estos, rechazaríamos

unánimemente el sinsentido de su actuación. Ojalá se procure proteger a Josefina de la constatación de que el solo acto de nosotros juntarnos a oírla es una prueba en contra de su canto. Alguna pista en ese sentido debe tener, si no por qué se empeña tan apasionadamente en negar que la estamos escuchando, pero ella sigue cantando de todos modos, y silbando pasa por encima de esta intuición.

Sin embargo, cualquiera sea el caso, habría todavía un consuelo para ella, pues, en efecto, en cierta medida la escuchamos de verdad; probablemente de manera similar a como se escucharía a un artista del canto. Ella consigue efectos que un artista del canto trataría en vano de lograr en nosotros y que se producen precisamente por su insuficiencia de recursos. Esto está relacionado principalmente con nuestro modo de vida.

En nuestro pueblo nadie experimenta un periodo de juventud, apenas una brevísima infancia. Es cierto que regularmente surgen reclamos en favor de los niños para que se les garantice una libertad característica, una protección especial, su derecho a una pizca de insolencia, a un poco de correteo y vueltas sin sentido, a un poco de tiempo de juego. Nada más deseable que se reconocieran estos derechos y se velara por su efectivo ejercicio. Se plantean tales reclamos y casi todo el mundo los considera justos; nada se concedería con más agrado que estas exigencias, pero al mismo tiempo no hay

nada en la realidad de nuestra vida que tenga menos posibilidades de ser concedido; se respaldan estas exigencias, pero los esfuerzos que se hacen en ese sentido son efímeros y en poco tiempo todo vuelve a ser como antes. Nuestra vida es tal que un pequeño, tan pronto como ha aprendido a dar sus primeros pasos y a reconocer algo de su entorno inmediato, tiene ya que cuidar de sí mismo al igual que un adulto. Las regiones en las que tenemos que vivir dispersos, por razones económicas, son demasiado amplias; nuestros enemigos son demasiado numerosos; los peligros que nos acechan por todas partes son demasiado imprevisibles. No podemos mantener a nuestros hijos aislados de la lucha por la existencia, hacerlo significaría un final prematuro para ellos. Además de estas tristes consideraciones, sin duda existe también una un poco edificante: la fecundidad de nuestra especie. Cada generación —y cada una es abundante— empuja a la siguiente, los niños no tienen tiempo de ser niños. Puede ser que en otros pueblos se cuide a los niños con esmero, que se erijan escuelas para ellos, que a estas escuelas acudan los niños por montones, ellos, el futuro de su pueblo. Sin embargo, son siempre los mismos niños los que asisten día tras días durante mucho tiempo. Nosotros no tenemos escuelas, pero de nuestro pueblo, en brevísimos intervalos, van surgiendo interminables camadas de niños, andan ceceando o chillando alegremente

mientras no aprendan a silbar, rodando o avanzando a punta de empujones mientras no aprendan a correr y llevándose torpemente todo por delante mientras no han entrenado sus ojos para distinguir las cosas. ¡Ah, nuestros niños! Y no los mismos niños, como en aquellas escuelas de los otros. No, siempre niños nuevos, siempre, sin fin, no hay posibilidad de una pausa. Apenas aparece un niño nuevo y ya no es un niño, mientras que detrás de él se agolpan ya nuevos rostros infantiles, indistinguibles en su multitud pululante y su prisa, sonrosados de felicidad. Por supuesto, por muy bonito que sea y a pesar de que otros tengan motivos para envidiarnos por ello, no hay forma en que podamos proporcionar a nuestros hijos una verdadera infancia. Y esto tiene consecuencias. Hay un cierto infantilismo siempre presente, inerradicable, que impregna a nuestra gente, en franca contradicción con lo que consideramos nuestro mejor rasgo, un inquebrantable pragmatismo. A menudo actuamos de forma totalmente necia, precisamente con la misma necesidad de los niños, insensata y frívolamente, con despilfarro y excesiva generosidad, y muchas veces todo ello en aras de un poco de diversión. Y aunque, naturalmente, nuestro disfrute al respecto ya no pueda ser tan profundo como el de un niño, sin duda todavía sobrevive algo de eso en nosotros. Es este infantilismo de nuestra gente del que se ha beneficiado Josefina desde el inicio.

Pero nuestro pueblo no solo es infantil, también es en cierto sentido prematuramente viejo. La infancia y la madurez no nos llegan como a los demás. No tenemos juventud, saltamos enseguida a la adultez y seguimos siendo adultos durante demasiado tiempo. Una cierta mezcla de cansancio y desesperanza se extiende dejando un amplio rastro en el carácter de nuestro pueblo, dotado, por lo demás, de tenacidad y férrea esperanza. Esto, probablemente, tenga alguna relación con nuestra falta de dones musicales. Somos demasiado viejos para la música; su pasión y su arrebató no encajan bien con nuestra pesadez. Nuestras cansadas constituciones renunciaron a ella. Nos replegamos y nos contentamos con el silbido; silbar un poco de vez en cuando, eso es lo que nos conviene. Quién puede asegurar que no existen talentos para la música dentro de algunos de nosotros, pero, si los hubiera, el carácter de nuestra gente tendría que reprimirlos antes de que pudieran desarrollarse. En cambio, Josefina puede hacer lo que le plazca, ya sea silbar o cantar o como quiera llamarlo. Eso no nos molesta, se ajusta a lo que necesitamos, somos capaces de aceptarlo con gusto. Si es que hay algo de música en ello, se presenta en su mínima expresión posible; se adivinan rastros de una cierta tradición musical, pero sin que eso llegue a tener la menor importancia para nosotros.

Pero Josefina aporta aún más a un pueblo tan aguzado como este. En sus conciertos, sobre todo en las épocas más complejas, solo los muy jóvenes siguen manteniendo el interés por la cantante, tal y como se presenta; solo ellos observan asombrados cómo frunce los labios y cómo expulsa el aire entre sus menudos dientes delanteros, ahogándose de puro asombro por los tonos que ella misma emite, y aprovecha este decaimiento para animarse a alcanzar resultados inéditos, cada vez más increíbles incluso para ella misma; mientras que el grueso del pueblo, esto salta a la vista, se mantiene replegado sobre sí mismo. Aquí, durante las treguas entre una amenaza y la siguiente, el pueblo sueña. Es como si las extremidades de cada individuo se aflojaran, como si a los acosados por la inquietud se les permitiera finalmente estirarse y reposar a gusto en el vasto y cálido lecho de la comunidad. En estos sueños se filtran aquí y allá las notas del silbido de Josefina. Ella lo denomina chispeante, nosotros lo llamamos estrepitoso. Pero, en cualquier caso, este es el lugar que le corresponde, como en ninguna otra parte, rara vez encuentra la música un instante reservado solo para ella como aquí. Hay algo de la pobreza de nuestra corta infancia en ello, algo de la dicha perdida que jamás se recuperará, pero también hay algo de nuestra agitada vida actual, algo de sus pequeñas e inexplicables alegrías que todavía están ahí y que se niegan a morir. La verdad es

que todo esto se expresa no en tonos grandilocuentes, sino en voz baja, a veces un poco ronca, entre susurros y en confianza. Naturalmente, se trata de silbidos. ¿Cómo no iba a serlo? El silbido es el lenguaje de nuestro pueblo (aunque hay muchos que silban durante toda su vida y ni se enteran), pero aquí el silbido se libera de los grilletes de la vida cotidiana y, por lo tanto, esto también nos libera a nosotros, aunque sea por un rato.

Evidentemente, no quisiéramos perdernos estos conciertos. Pero de ahí a que Josefina afirme que nos infunde nuevas fuerzas en esos momentos, etcétera, etcétera, hay un larguísimo trecho. Por lo menos para la gente del común, no para el séquito de sus aduladores. “¿Cómo podría ser de otro modo?”, dicen con una desfachatez involuntaria. “¿Cómo podría explicarse de otro modo la gran congregación de público, precisamente cuando el peligro es más acuciante, lo que incluso ha impedido ya varias veces que se tomen a tiempo las debidas precauciones contra ese peligro?”. Pues bien, por desgracia esto último es lo que efectivamente ha sucedido, pero no debería contarse como uno de los títulos de honor para Josefina, sobre todo si se tiene en cuenta que cuando tales reuniones han sido inesperadamente arrasadas por el enemigo y muchos de los nuestros han tenido que perder la vida en ello, Josefina, que era responsable de la situación, casi por completo pues sus silbidos debieron haber atraído al enemigo, siempre se reservaba

el puesto más seguro y, al amparo de sus seguidores, era la primera en desaparecer a toda prisa y en silencio. En líneas generales todo el mundo sabe de esto y aun así se apresuran a acudir la siguiente vez que a Josefina se le ocurre ponerse a cantar donde y cuando decida su capricho.

De esto se podría concluir que Josefina está casi por encima de la ley, que se le permite hacer lo que le plazca, a riesgo de poner en peligro a la comunidad, y que todo se le perdonará. Si esto fuera así, entonces las pretensiones de Josefina serían totalmente comprensibles; es más, en esta libertad que el pueblo le otorga, en este extraordinario regalo que no se le concede a nadie más, en esta concesión que transgrede lo que dicta la misma ley, se podría ver una confesión de que, tal y como ella afirma, el pueblo no la entiende, se maravilla y se pasma ante su arte, se siente indigno de él, se esfuerza por compensar esta pena que le provoca haciendo un sacrificio realmente desesperado, y en la misma medida en que este arte está más allá de su capacidad de comprensión, el pueblo consideraría, a su vez, que la personalidad y los deseos de Josefina escapan del ámbito de su autoridad. Ahora bien, esto no es del todo cierto: en lo individual, tal vez, nuestro pueblo es susceptible a capitular ante Josefina, pero al igual que no capitula incondicionalmente ante nadie, como comunidad tampoco lo hace ante ella.

Durante mucho tiempo, quizás desde el comienzo mismo de su carrera, Josefina ha luchado por el privilegio de ser eximida de cualquier trabajo en consideración a su canto, para que se la libere de la responsabilidad de ganarse el pan de cada día y de todo lo demás que esté relacionado con la lucha por la existencia, y que esto recaiga —obviamente— sobre el pueblo en su conjunto. Un entusiasta precipitado —y los ha habido— podría convencerse solo a partir de la extravagancia de esta solicitud, por el estado de ánimo capaz de concebirla, de que esta tiene un fundamento intrínseco. Nuestra gente saca sus propias conclusiones y serenamente dice no a la solicitud. Tampoco se toma muchas molestias en intentar refutar los motivos en los que se basa la solicitud. Josefina señala, por ejemplo, que todos los esfuerzos que exige el trabajo son perjudiciales para su voz; que, si bien estos esfuerzos no son nada en comparación con los que se requieren para el canto, le quitan la posibilidad de reposar de forma adecuada después de cantar y de fortalecerse para el siguiente concierto; tiene que agotar sus fuerzas por completo y, en tales circunstancias, nunca podrá alcanzar el máximo rendimiento que, de otro modo, sería capaz de lograr. La gente la escucha pero no se deja conmover. Este pueblo, que se conmueve tan fácilmente, respecto a ciertos temas no se deja conmover ni siquiera un poco. Esta negativa es a veces tan decidida que

incluso Josefina queda desconcertada; parece que se somete, hace su trabajo como le corresponde, canta como puede, pero solo por un tiempo, luego retoma la lucha con fuerzas renovadas —para este objetivo parece tener una reserva inagotable de ellas—.

Ahora es evidente que lo que realmente quiere Josefina no es lo que pone en palabras. Ella es razonable, no esquiva el trabajo, pues en términos generales la reticencia por el trabajo es desconocida entre nosotros. Ciertamente, si su solicitud fuera concedida, seguiría viviendo su vida normal igual que siempre; el trabajo no se atravesaría en la senda de su canto y este, sin embargo, tampoco mejoraría ni se volvería más bello. A lo que ella aspira genuinamente es solo al reconocimiento público e inequívoco de su arte, a que este perdure a través de las épocas y se destaque muy por encima de cualquier otra maravilla conocida hasta ahora. Pero mientras casi todo lo demás parece estar a su alcance, esto se le escapa obstinadamente. Tal vez desde el principio debió haber dirigido sus esfuerzos en un sentido diferente, tal vez ahora ella misma vea que su enfoque era equivocado, pero ya no hay marcha atrás, volver atrás significaría traicionarse a sí misma, hoy en día tiene que salir adelante o naufragar con su solicitud.

Si realmente tuviera enemigos, como ella afirma, estos podrían divertirse viendo esta disputa sin tener que mover

un solo dedo. Pero ella no tiene ningún enemigo, y aunque algunos contradictores puedan criticarle esto o aquello, nadie encuentra divertida esta controversia. Entre otras cosas porque el pueblo muestra aquí su faceta de juez de corazón frío y aunque en este asunto lo único que se pueda esperar es una actitud semejante, la sola idea de que el pueblo algún día pueda comportarse así contra uno de los suyos impide la posibilidad de cualquier alegría. Independientemente del lado que se mire, tanto en la negativa como en la exigencia, lo esencial no es contenido en sí mismo de la disputa, sino el hecho de que el pueblo sea capaz de erigir una barrera tal que resulte impenetrable contra uno de sus miembros, y que sea tanto más impenetrable en cuanto que en otros asuntos se relaciona con este mismo miembro cuidando de él de manera paternal o más exactamente de modo absolutamente devoto.

Supongamos que en lugar de todo el pueblo se tratara de un individuo: uno podría imaginar que tal figura paternal había estado cediendo todo este tiempo ante Josefina mientras alimentaba un ardiente e irreprímible deseo de poner fin a toda la indulgencia un buen día; que se había sacrificado en tal grado que asombraría incluso a las razas más heroicas, con la firme creencia de que de alguna forma tendría que haber un justo final para los sacrificios; que había cedido más de lo necesario solo para acelerar el proceso, solo para volver

engreída a Josefina y para incitarla a pedir más y más, hasta provocar que formulara esta última exigencia; entonces él finalmente pronunciaría una negativa tajante y concisa pues estaba preparada desde hacía bastante tiempo. A decir verdad, este no es un retrato fiel de lo que ocurre efectivamente. El pueblo no tiene necesidad de recurrir a tácticas de ese estilo. Además, su reverencia por Josefina ha sido demostrada y no podría ser más sincera. En definitiva, la exigencia de Josefina es tan exorbitante que cualquier niño desprejuiciado podría haberle anticipado el resultado. Puede ser que Josefina ya tenga en cuenta estas especulaciones en la forma en que interpreta el asunto y estas le agreguen un sabor amargo a la ya dolorosa afrenta de ser resistida.

Pero, aunque estas especulaciones jueguen algún papel en su forma de pensar, no deja que la disuadan de continuar la lucha. De hecho, recientemente ha intensificado su ataque. Si hasta ahora solo había utilizado las palabras como armas, ahora está empezando a recurrir a otros medios, que ella cree pueden ser más eficaces, pero que en nuestra opinión serán más peligrosos para ella misma.

Muchos creen que Josefina insiste tan inflexiblemente en el asunto porque siente que está envejeciendo y que su voz empieza a debilitarse y que, por tanto, parece haber llegado la impostergable hora de librar la batalla definitiva para

lograr el reconocimiento que le corresponde. Yo no lo creo así. Josefina no sería Josefina si esto fuera cierto. En su mentalidad no existe el envejecimiento ni el debilitamiento de la voz. Cuando exige algo no es por consideraciones externas, sino por coherencia interior. Ella aspira a alcanzar la corona más alta, no porque en ese preciso momento cuelgue un poco más abajo, sino porque es el galardón más elevado; si de ella dependiera, la colgaría aún más alto.

Sin embargo, este desprecio por las dificultades externas no le impide utilizar los medios más indignos. Sus derechos le parecen incuestionables, así que qué importa cómo garantice la satisfacción de estos; sobre todo porque en este mundo, tal como ella lo considera, los medios respetables están condenados al fracaso. Tal vez por eso ya no libra la batalla por ese derecho solo desde el ámbito de la música, sino que se ha desplazado a un terreno menos estimado por ella. Sus partidarios han hecho circular declaraciones según las cuales se siente muy capaz de cantar de tal manera que el pueblo en todas sus capas, incluso hasta la oposición más arraigada y oculta, encontraría un verdadero placer en ello, un verdadero placer no según los estándares populares, pues el pueblo siempre ha afirmado que se deleita con su canto, sino un placer según sus propios estándares y pretensiones. Pero, se apresura a acotar: como no hay manera en que ella

pueda adulterar lo noble de sus estándares ni rebajarse a un nivel que adulara al vulgo, las cosas han de quedar como están. Pero luego es diferente en su lucha por liberarse del trabajo; también es una lucha en nombre de su canto, pero aquí no participa en la lucha usando las invaluables armas de sus canciones. Así, por ejemplo, corrió el rumor de que Josefina tenía la intención de acortar los momentos de coloratura si no se le concedía su exigencia. Yo carezco de conocimientos sobre ornamentación vocal y nunca he notado nada de coloratura en la ejecución de su canto. Pero Josefina va a acortar la coloratura, no suprimirla del todo, solo acortarla. Es de suponer que ha cumplido su amenaza, aunque no puedo decir que haya notado alguna diferencia con respecto a sus actuaciones anteriores. El pueblo entero ha seguido escuchando igual que siempre, sin pronunciarse sobre las coloraturas, y tampoco ha cambiado su postura respecto a la exigencia de Josefina. A propósito, es innegable que la forma de pensar de Josefina, al igual que su figura, tiene a menudo detalles muy simpáticos. Por ejemplo, después de una de esas actuaciones con la coloratura abreviada, como si su resolución al respecto hubiera sido demasiado severa o precipitada para el pueblo, anunció que la próxima vez volvería a hacer el repertorio completo con todas las notas de coloratura. Pero después del siguiente concierto volvió a cambiar de opinión y declaró

que las grandiosas coloraturas se acabarían irrevocablemente hasta tanto el pleito no se resolviera a su favor. Pues bien, el pueblo hacía oídos sordos a todos estos anuncios y resoluciones en sentidos opuestos, de la misma forma en que un adulto sumido en graves asuntos oye las ocurrencias de un niño, agudezas que son bienintencionadas pero irrealizables.

Pero Josefina no se rinde. Por ejemplo, lo siguiente que hizo fue alegar que se había lesionado un pie en el trabajo, por lo que se le dificultaba enormemente estar de pie durante sus actuaciones; pero como solo podía cantar de pie, ahora se vería obligada incluso a abreviar las canciones. Aunque cojea y requiere la ayuda de sus seguidores, nadie cree que sea una lesión auténtica. Aun admitiendo la singular fragilidad de su cuerpecito, somos un pueblo laborioso en cuerpo y alma, y Josefina no deja de ser uno de nosotros. Pero por más que permita que la lleven agarrada de los hombros como si estuviera incapacitada, por más que se muestre en esta condición tan lamentable más a menudo de lo usual, el pueblo sigue escuchando su canto tan agradecido y encantado como siempre, pero no hace muchos reclamos por la abreviación de las canciones.

Como no puede seguir cojeando eternamente, inventa otras cosas, simula desaliento, malhumor, achaques. Y de esta forma, tenemos una obra de teatro además de un concierto. Vemos al séquito de Josefina en el fondo implorándole, casi

de rodillas, para que cante. Ella quisiera complacerlos pero no se siente capaz. Hacen lo posible para consolarla, la llenan de halagos, prácticamente la levantan y la llevan al lugar previamente escogido donde debe cantar. Finalmente cede en medio de un llanto inexplicable, pero cuando va a empezar a cantar con sus últimos arrestos de voluntad, visiblemente pálida y abatida, con los brazos, no extendidos como de costumbre, sino colgando como apéndices sin vida, lo que da la ligera impresión de que son demasiado cortos, como encogidos... justo cuando está a punto de soltar la primera nota, ahí, es claro que no va poder hacerlo, un tirón involuntario de la cabeza nos lo señala y en el último instante se desploma ante nuestros ojos.

A los pocos minutos, a pesar de todo, ha logrado recomponerse y canta, en mi opinión de un modo no muy diferente al acostumbrado. Tal vez el que tenga el oído capacitado para percibir los matices más sutiles pueda advertir un cierto apasionamiento inusual, que, sin lugar a dudas, solo beneficia su actuación. Y luego, cuando termina el concierto, está mucho menos cansada que cuando comenzó; con paso firme, si es que así se pueden denominar sus pasitos atropellados, se marcha rechazando cualquier ayuda de sus seguidores y examinando con mirada fría a la multitud que le abre paso con reverencia.

Así también transcurrió su actuación más reciente, pero la siguiente vez que se esperaba un nuevo concierto simplemente desapareció. No solo sus seguidores la están buscando, también muchos de nosotros participamos en la búsqueda, pero ha sido en vano. Josefina se ha esfumado por completo, no va a cantar y no habrá que rogarle para que cante, esta vez nos ha abandonado definitivamente.

Es extraño cuánto erra en sus razonamientos esta astuta criatura, tan errados que habría que creer que no razona en absoluto sino que solo se deja llevar por su destino, del que en nuestra realidad solo se pueden esperar cosas tristes. Por su propia voluntad abandona el arte del canto, por su propia voluntad hace trizas el poder que había adquirido sobre los corazones de nuestra gente. ¿Cómo pudo obtener ese poder, si sabe tan poco de nuestros corazones? Ella se ha escondido y no canta; pero el pueblo, tranquilo, sin mostrar el mínimo signo de desilusión, una masa segura de sí misma y autosuficiente, la que, por usar una metáfora y aunque las apariencias digan lo contrario, solo sabe otorgar regalos pero nunca se permite recibirlos, ni siquiera de Josefina; este pueblo sigue su propio camino.

En cuanto a la suerte de Josefina, debe ir cuesta abajo. Pronto llegará el momento en que suenen sus últimos silbidos y su figura se disolverá en el silencio. Ella es un pequeño

episodio en la interminable saga de nuestro pueblo, y este pueblo sabrá superar su partida. No es que nos resulte fácil. ¿Cómo serán posibles las asambleas en el más absoluto silencio? En realidad, ¿no eran también silenciosas cuando estaba Josefina? ¿Su silbido original era acaso significativamente más fuerte y vívido que lo que será en nuestro recuerdo? ¿Fue incluso en vida más que simple recuerdo? ¿No será más bien que el pueblo en su sabiduría habrá valorado tanto el canto de Josefina precisamente porque en algún sentido lo presentía inmortal?

Quizás nosotros no perdamos demasiado después de todo; mientras que Josefina, liberada de las penurias terrenales que según ella están reservadas para los elegidos, se perderá jubilosamente entre la multitud innumerable de los héroes de nuestro pueblo y alcanzará un estado de suprema liberación y, ya que no nos interesa llevar un historial de nuestros hitos, pronto será olvidada como todos sus hermanos y hermanas.

NOTA SOBRE ESTA EDICIÓN

Esta traducción de *El artista del hambre y otros cuentos* de Julio García Peñaloza fue resultado de la Beca de traducción convocada por Idartes en 2022. Para la elaboración de la presentación, y como sugerencia de lectura adicional (además de, por supuesto, la obra completa de Kafka), se consultó, entre muchos otros: *¿Éste es Kafka? 99 hallazgos* y *Kafka (I y II)* de Reiner Stach; *El buitre* (Biblioteca de Babel, selección y presentación de Jorge Luis Borges); *Conversaciones con Kafka* de Gustav Janouch; y los *Cuentos completos* de Kafka en la edición de José Rafael Hernández Arias.



FRANZ KAFKA

Nació el 3 de julio de 1883 en Praga. En 1901 comienza a estudiar Derecho en la Universidad Alemana de Praga. En 1908 se publica *Contemplación*, una reunión de prosas, y este mismo año se incorpora el Instituto de Seguros de Accidentes de Trabajo del Reino de Bohemia. Conoce a Felice Bauer en 1912 (de la que se separa definitivamente en 1917); escribe en diciembre de este año *La transformación* (también conocida como *La metamorfosis*). En 1919 publica *En la colonia penitenciaria* y al año siguiente hace su aparición *Un médico rural. Relatos breves* e inicia su correspondencia con Milena Jesenská. En 1922 comienza a trabajar en *El castillo* y escribe *Un artista del hambre*, que aparece como libro al año siguiente. En 1924 escribe *Josefina la cantante* (en marzo) y el 3 de junio, en el sanatorio del doctor Hugo Hoffmann, muere a causa de la tuberculosis.



JULIO GARCÍA PEÑALOZA

Nació en Bogotá y se graduó de Lenguajes y Estudios Socioculturales en el 2017. Está interesado en la literatura y la escritura creativa, y la Beca de traducción del alemán fue la oportunidad ideal para juntar ese interés con lo aprendido en la carrera y con su experiencia como traductor técnico.



Libro al Viento

COLECCIÓN UNIVERSAL

Es de color naranja y en ella se agrupan todos los textos que tienen valor universal, que tienen cabida dentro de la tradición literaria sin distinción de fronteras o épocas

- | | | | |
|-----------|---|-----------|--|
| 1 | ANTÍGONA
<i>Sófocles</i> | 18 | ALGUNOS SONETOS
<i>William Shakespeare</i>
<i>De traducción: William Ospina</i> |
| 4 | CUENTOS
<i>Julio Cortázar</i> | 19 | EL ÁNGEL Y OTROS CUENTOS
<i>Tomás Carrasquilla</i> |
| 7 | EL GATO NEGRO Y OTROS CUENTOS
<i>Edgar Allan Poe</i>
<i>Traducción: Javier Escobar Isaza</i> | 20 | IVÁN EL IMBÉCIL
<i>León Tolstoi</i>
<i>De traducción: Margarita Catalina Valencia Vargas</i> |
| 8 | EL BESO Y OTROS CUENTOS
<i>Anton Chejov</i>
<i>Traducción: Editorial Norma</i> | 21 | FÁBULAS E HISTORIAS
<i>León Tolstoi</i> |
| 9 | EL NIÑO YUNTERO
<i>Miguel Hernandez</i> | 22 | LA VENTANA ABIERTA Y OTROS CUENTOS SORPRENDENTES
<i>"León Tolstoi</i>
<i>De traducción: Margarita Catalina Valencia Vargas"</i> |
| 11 | EL CURIOSO IMPERTINENTE Y UN ELOGIO A LA LECTURA
<i>Miguel de Cervantes</i> | 24 | SIMBAD EL MARINO
<i>Relatos de las Mil y Una Noche</i> |
| 14 | LA CASA DE MAPUHI Y OTROS CUENTOS
<i>Jack London</i> | | |

- 25 LOS HIJOS DEL SOL
Eduardo Caballero Calderón
- 27 DR. JEKYL Y MR. HYDE
Robert Louis Stevenson
- 28 POEMAS COLOMBIANOS
Antología
- 29 TRES HISTORIAS
Guy de Maupassant
- 30 ESCUELA DE MUJERES
Molière
- 31 CUENTOS PARA NIÑOS
Anónimo
- 32 CUENTOS LATINOAMERICANOS I
Adolfo Bioy Casares, Carlos Fuentes, Juan Carlos Onetti
- 34 CUENTOS LATINOAMERICANOS II
Gabriel García Márquez, Juan Rulfo, Rubem Fonseca
- 35 BARTLEBY
Herman Melville
- 37 CUENTOS LATINOAMERICANOS III
Julio Ramón Ribeyro, Alfredo Bryce Echenique
- 38 CUENTOS LATINOAMERICANOS IV
José Donoso, Sergio Pitlor, Guillermo Cabrera Infante
- 41 CUENTOS LATINOAMERICANOS V
Mario Vargas Llosa, Felisberto Hernández, Salvador Garmendia
- 43 CANCIÓN DE NAVIDAD
Charles Dickens
- 44 MITOS DE CREACIÓN
Selección de Julio Paredes
- 46 MISA DE GALLOY OTROS CUENTOS
Joaquim Maria Machado de Assis
- 49 CUENTOS PARA RELEER
Horacio Quiroga, Katherine Mansfield, Italo Svevo, Rubén Darío, Leopoldo Lugones, José María Eça de Queirós
- 52 EL CORAZÓN DE LAS TINIEBLAS
Joseph Conrad
- 53 CUENTOS
Saki
- 54 CINCO RELATOS INSÓLITOS
H. P. Lovecraft
- 57 LA VIDA ES SUEÑO
Calderón de la Barca
- 58 POEMAS ILUMINADOS
*Santa Teresa de Jesús
Fray Luis de León
San Juan de la Cruz*

- 60** HISTORIAS CON MISTERIO
Ueda Akinari
- 61** CANTOS POPULARES DE MI TIERRA
Candelario Obeso
- 62** UNA CIUDAD FLOTANTE
Julio Verne
Traducción: Alejandra de Vengoechea
- 66** RELATOS EN MOVIMIENTO
Manuel Gutiérrez Nájera
- 67** HISTORIAS DE MUJERES
Luisa Valenzuela
- 68** TIERRA DE PROMISIÓN
José Eustasio Rivera
- 74** LA HISTORIA DE RASELAS, PRÍNCIPE DE ABISINIA
"Amuel Johnson
De traducción: Diego García Sierra
- 75** ANACONDA Y OTROS CUENTOS
Horacio Quiroga
- 77** ESCRIBIR EN BOGOTÁ
Juan Gustavo Cobo Borda
- 78** EL PRIMER AMOR
Iván Turguéniev
- 81** ALGUNOS ESPECTROS ORIENTALES
Lafcadio Hearn
- 84** FICCIONES DESDE BRASIL
Varios autores
- 85** LAZARILLO DE TORMES
Anónimo
- 86** ¿SUEÑAN LOS ANDROIDES CON ALPACAS ELÉCTRICAS? ANTOLOGÍA DE CIENCIA FICCIÓN LATINOAMERICANA
Varios autores
- 90** QUILLAS, MÁSTILES Y VELAS. TEXTOS PORTUGUESES SOBRE EL MAR
José María Eça de Queirós
- 91** ONCE POETAS BRASILEROS
- 98** POESÍA SATÍRICA Y BURLESCA
Francisco de Quevedo
- 99** DIEZ CUENTOS PERUANOS
Varios autores
- 100** TRES CUENTOS Y UNA PROCLAMA
Gabriel García Márquez
- 102** DE MIS LIBROS
Álvaro Mutis
- 103** CARMILLA
Sheridan Le Fanu
- 107** TRES CUENTOS DE MACONDO Y UN DISCURSO
Gabriel García Márquez

- 108** CARTA SOBRE LOS CIEGOS
PARA USO DE LOS QUE VEN
Denis Diderot
- 110** 50 POEMAS DE AMOR
COLOMBIANOS
Varios autores
- 111** EL MATADERO
Esteban Echeverría
- 113** EL CASTILLO DE OTRANTO
Horace Walpole
- 116** ONCE POETAS
HOLANDESES
Varios autores
- 119** GUADALUPE AÑOS SIN
CUENTA
Teatro La Candelaria
- 120** PRELUDIO SEGUIDO DE LA
CASA DE MUÑECAS
Katherine Mansfield
Traductora: Erna von Walden
- 121** SYLVIE, RECUERDOS DEL
VALOIS
Gérard de Nerval
Traductor: Mateo Cardona
- 122** ONCE POETAS FRANCESES
Varios autores
- 124** BODAS DE SANGRE
Federico García Lorca
- 127** LA HISTORIA DEL BUEN
VIEJO Y LA BELLA
SEÑORITA
Italo Svevo
- 128** LA MARQUESA DE O.
Heinrich von Kleist
- 132** ONCE POETAS
ARGENTINOS
Varios autores
- 135** EL HORLA
Guy de Maupassant
- 137** SHAKESPEARE, UNA
INDAGACIÓN SOBRE EL
PODER.
Estanislao Zuleta
- 139** CUENTOS MÍTICOS DEL
SOL, LA AURORA Y LA
NOCHE
Teófilo Braga
Traducción Beatriz Peña trujillo
- 144** NOVELA DE AJEDREZ
Stefan Zweig
- 145** RELATOS DE FANTASMAS
Edith Wharton
- 146** AL AMPARO DEL BOSQUE
Varios autores
- 149** DIEZ CUENTOS DEL
DECAMERÓN
Giovanni Boccaccio

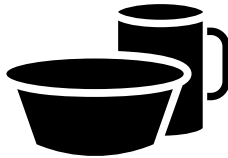
- 150** VIAJE ALREDEDOR DE MI
HABITACIÓN
Xavier de Maistre
- 153** UN CORAZÓN SENCILLO
Gustave Flaubert
- 159** UN AVE POSADA ALLÁ A
LO LEJOS
14 TEXTOS BREVES
Virginia Woolf
- 160** SEIS PERSONAJES EN
BUSCA DE AUTOR
Luigi Pirandello
- 161** VACÍO Y OTROS CUENTOS
Andrés Caicedo
- 164** POR FIN HA COMENZADO
EL FIN
*Eun Heekyung, Han Kang,
Jung Young Su,
Kim Kyung-uk y Lee Moon-jae*
- 165** IDEAS DE CANARIO
Joaquim Machado de Assis
- 169** EL HOMBRE QUE EL AGUA
SE LLEVÓ
Fabio Morábito

Este ejemplar de *Libro al Viento* es un bien público. Después de leerlo, permite que circule entre los demás lectores.

Escanea este código
e ingresa a la biblioteca digital,
donde tendrás a disposición
más de 100 de nuestros títulos.



FILO



Un artista del hambre y otros cuentos fue editado por el Instituto Distrital de las Artes - Idartes para su Biblioteca Libro al Viento, bajo el número 172, y se imprimió en el mes de septiembre del año 2023 en Bogotá.

CIRCULACIÓN
GRATUITA

172

“Porque solo él sabía lo que ningún otro entendido
podía comprender: lo fácil que era ayunar.

Era la cosa más fácil del mundo.”

(en “Un artista del hambre”)



COLECCIÓN UNIVERSAL

libro al
viento



INSTITUTO
DISTRITAL DE LAS ARTES
IDARTES

